

LUIS ALBERTO ROMERO

¿QUÉ HACER
CON LOS POBRES?

*Elite y sectores populares en
Santiago de Chile*

1840-1895



EDITORIAL SUDAMERICANA
~ *Historia y cultura* ~

IV

Rotos y gañanes

A mediados de la década de 1840 un testigo excepcional, Domingo Faustino Sarmiento, señaló los primeros indicios del crecimiento de Santiago, su relación con las migraciones rurales y la formación de un amplio sector de "rotos rasos". En las décadas siguientes las implicaciones sociales de este crecimiento fueron imponiéndose en la conciencia de la elite santiaguina, así como la progresiva escisión entre las dos sociedades, antaño integradas: la de la ciudad "propia, cristiana y opulenta", y la de los arrabales populares, "suerte de Cairo infecto", según la expresiva caracterización del intendente Benjamín Vicuña Mackenna.

Dos imágenes, tan fuertes que se prolongan hasta hoy, dominaron la caracterización de estos sectores. Por una parte, era el mundo de los "rotos", el de ño Cámara y la casi tan mítica Antonia Tapia, el reducto de las formas criollas de convivencia, que aflora en las chinganas o en los festejos del Dieciocho; en fin, la contracara plebeya de la sociedad patricia cuyas armonías y conflictos percibía agudamente Sarmiento. Por otra, el mundo de los pobres, hacinados en rancheríos o conventillos, víctimas de la viruela o el tifus, inermes espectadores de la muerte de sus párvulos, fuente de la prostitución o la mendicidad, *summum* de la desmoralización y objeto de las sociedades filantrópicas y cristianas, tal como aparecen en la vasta literatura de la "cuestión social". Una tercera imagen surgirá de allí: la de los trabajadores, agremiados y politizados, galvanizados por el socialismo o el anarquismo y lanzados a la lucha por sus reivindicaciones.

Es difícil conectar estas imágenes. Conocemos relativamente bien el mundo de la pobreza de las décadas finales del siglo pasado pero sabemos muy poco de ellos mismos en cuanto trabajadores, fuera de que, como en la mayoría de las ciudades hispano-americanas, integraron el vasto contingente de población subocupada y mal paga, poseedora de habilidades laborales mini-

mas y muy generales. Casi podría decirse que constituyen una suerte de agujero negro en el conocimiento. Hay, por una parte, una amplia literatura acerca del mundo rural, los inquilinos, los peones y los terratenientes, sus relaciones en el marco de las haciendas y las causas de su emigración a la ciudad o al norte.¹ Más recientemente se ha insistido en los elementos de atracción por parte de ciudades de actividad económica expansiva: se ha señalado el peso de la obra pública, de la construcción privada, de las nuevas industrias, pero no se ha estudiado particularmente el problema de la mano de obra.² Se ha estudiado bastante a los artesanos y también a los obreros industriales³; pero no se ha indagado sobre la masa de trabajadores no calificados que poblaban la ciudad. Más aún, podría decirse que este vacío de conocimiento prolonga el silencio de las fuentes más conocidas e inclusive el de los censos: la mayoría de estos trabajadores aparecen subsumidos en la omnicompreensiva categoría de gañanes. Dos trabajos más recientes han avanzado de manera incisiva sobre el tema. Ann H. Johnson esclarece ampliamente el asunto de las migraciones internas y Gabriel Salazar incluye el mundo de los trabajadores urbanos no calificados en un cuadro más vasto de formación del proletariado chileno.⁴

Se intentará aquí caracterizar ese sector, constituido a la par del crecimiento de Santiago, de trabajadores no calificados, de empleo inestable, con frecuencia subocupados, que se prolonga sin una ruptura categórica tanto en el mundo de los trabajadores especializados (que no lo son tanto como para formar un mundo definitivamente apartado) cuanto con el de la pobreza marginal, la prostitución, la delincuencia. Fueron llamados rotos, gañanes o simplemente pobres, sin que las tres denominaciones se superpusieran con exactitud. Dominaron ampliamente el mundo del trabajo, en el período que se abre quizás hacia los años cuarenta con los primeros signos del crecimiento de la ciudad y se cierra de modo más impreciso hacia finales de siglo. Por entonces, como ha mostrado De Shazo, se ha constituido un sector industrial significativo, de pequeños talleres y grandes establecimientos, cuya presencia cambia los datos del problema, no sólo en cuanto a la dimensión ocupacional sino, más en general, en cuanto a las características de los sectores populares como sujeto social. La segunda mitad del siglo pasado parece un momento adecuado para estudiar a estos sectores antes de que los cambios derivados de la presencia del nuevo sector industrial incidan fuertemente en ellos.

En primer lugar, se tratará de puntualizar la relación entre ese sector y los movimientos migratorios, así como su ubicación en la estructura ocupacional urbana. Luego, se procurará reconstruir

sus características como trabajadores, destacando particularmente el problema de la circulación en los empleos. En tercer lugar, se mostrará que esta circulación generó, hacia la década de 1870, nuevas respuestas y actitudes por parte de la elite, que conllevaron la formación de una nueva imagen de los trabajadores. Finalmente, se plantearán algunas ideas sobre la posible incidencia de esta situación entre los propios trabajadores, sus hábitos y actitudes.

Migraciones y población urbana

Pese a que los contemporáneos se sintieron tempranamente impresionados por los migrantes rurales que se amontonaban en los nuevos suburbios, el crecimiento de la población de Santiago, aunque mayor que el de la mayoría de las capitales hispanoamericanas, fue al principio inferior al de otras ciudades chilenas. Hasta 1854 fue inferior, incluso, al de la población total del país; luego de esa fecha superó esas tasas, pero permaneció por debajo de las de la población urbana, manteniéndose esa situación hasta 1885. Por entonces, las ciudades que más crecieron fueron Concepción, Valparaíso y muchos centros provinciales de tamaño intermedio. A partir de los datos de 1885, se manifiesta el fuerte crecimiento que convertirá en el siglo XX a la capital en una gran ciudad metropolitana.

La evolución de la población santiaguina guarda una relación bastante estrecha con la de la zona rural aledaña: el departamento de Santiago y la provincia del mismo nombre. Hasta 1875 la ciudad parece haber tomado más población de la zona rural más próxima, como indica la fuerte pérdida del departamento, mientras que la provincia retuvo población, probablemente tanto en áreas rurales como en otros centros urbanos y aldeas. Desde 1875 también la población de la provincia disminuyó, en parte en beneficio de la capital, al tiempo que empezó a absorber población extraprovincial, de origen más distante, que también en parte, al menos, contribuyó al crecimiento de Santiago.⁵

La composición por sexo y edad de la población de Santiago y de la rural vecina ilustra sobre algunas de las características de estos movimientos.⁶ En primer lugar, existe un desbalance, fuerte y permanente, entre mujeres y hombres: desde los primeros datos disponibles (1836) la tasa de masculinidad en la capital ronda el 80%, y es inversa en las zonas vecinas, lo que sugiere una migración permanentemente mayor de mujeres que de hombres. Por otra parte, en la población rural se observa un mayor peso de niños y ancianos, y de personas en edades activas en la ciudad; esta situa-

Cuadro N° 1
Población de Santiago.
Tasas anuales de crecimiento de Santiago,
Población urbana y población total de Chile

	Población de Santiago	Tasas anuales de crecimiento		
		Población Santiago	Población urbana	Población de Chile
1836				
1854	c. 90.000	1.0		
1865	120.047	2.6	2.2	
1875	149.395	2.2	1.3	3.4
1885	186.710	2.3	2.0	3.9
1895	262.303	3.5	0.6	1.4
1907	332.724	2.0	1.6	1.2

Fuentes: censos de población.

Sobre la población de Santiago, ver notas 15 y 16.

ción, que tiende a disminuir, sugiere que la ciudad absorbe principalmente trabajadores jóvenes del campo, aunque en la última década la movilización parece ser general.⁷ Esto aparece muy claro en el caso de las mujeres; entre los varones, las diferencias en las edades activas son sólo levemente superiores en la ciudad, y se estrechan de manera visible hacia 1895.

En suma, la población santiaguina tiene, como muchas en su época, una base muy ancha, propia de una población joven y con una natalidad vigorosa (aunque pronto erosionada por una fuerte mortalidad). Se ensancha en las edades medias, particularmente entre los 15-24 años, y de forma mucho más ostensible entre las mujeres. El predominio de las mujeres se mantiene en las edades de la ancianidad.

El crecimiento de Santiago está ligado en forma estrecha a los movimientos demográficos del Valle Central. La población creció allí en forma sostenida desde fines del siglo XVIII: en 1865 se ubicaba en sus zonas rurales más del 50% de la población de Chile, y si se suma la urbana correspondiente, la proporción casi alcanza el 70%.⁸ El crecimiento vegetativo de la población es alto (un 2% anual) y los nuevos grupos de población pueden asentarse en tie-

Cuadro N° 2
 Distribución de la población por sexo y grandes
 grupos de edad. Santiago y depto. de Santiago
 (excluida la ciudad), 1865 Y 1895

Edad	1865			1895			
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	
Ciudad de Santiago	0-14	15,8	16,6	32,3	16,2	17,6	33,8
	15-24	9,9	12,3	22,2	9,8	12,3	22,1
	25-50	15,6	19,6	35,2	15,0	20,0	35,0
	50 y más	4,0	6,3	10,3	3,5	5,6	9,1
	Total	45,3	54,7	100,0	45,5	55,5	100,0
Depto. de Santiago (excl. ciudad)	0-14	19,1	17,9	37,0	18,0	18,3	36,3
	15-24	10,4	9,5	19,9	10,7	9,4	20,1
	25-50	15,3	13,3	28,6	17,9	15,5	33,4
	50 y más	5,1	9,4	14,5	6,4	3,8	10,2
	Total	49,9	50,1	100,0	53,0	47,0	100,0

Fuente: censos de población.

rras libres, ya sea como campesinos en pequeñas parcelas en los bordes de las fincas, como inquilinos o también como trabajadores ocasionales alojados por éstos.⁹ Ello configura una masa de población móvil, pero que circula dentro de un radio limitado: en los meses de demanda máxima busca trabajo en la cosecha e incluye en su itinerario las aldeas y ciudades.

Este crecimiento culmina hacia la década de 1860, cuando se completa la llamada saturación del Valle Central, y comienza lentamente el movimiento inverso. Esto se relaciona con el aumento demográfico, pero también con la reducción de las tierras libres donde los nuevos contingentes de población puedan instalarse. Según señala Bauer, antes que reflejar un congelamiento de la situación rural, esto es la paradójica consecuencia del desarrollo de la agricultura comercial, que torna valiosas las tierras hasta entonces poco apreciadas y que, en alguna medida, estimula la

racionalización en el uso de la mano de obra, tornando innecesaria una reserva tan abundante.

Esto ocurre en momentos en que surgen nuevos puntos de demanda de mano de obra: ferrocarriles, obras públicas, construcción y otras actividades urbanas. Así, la movilización de los trabajadores rurales comienza por una ampliación de los circuitos ya recorridos, que incluyen —junto a las aldeas cercanas— a las ciudades, como Santiago, donde mantienen la práctica del trabajo estacional. Desde 1880 el mercado de trabajo se estabiliza. Las haciendas tienden a fijar la mano de obra necesaria, como inquilinos o peones inquilinos. Es significativo que el Censo de 1885 señale que, por primera vez, la población rural sin hogar no es un obstáculo serio para los censistas. Se reduce la masa de los trabajadores flotantes (que pueden hilvanar trabajos urbano-rurales cercanos), se desinflan las aldeas y ciudades menores y la inmigración se dirige, definitivamente, al Norte Grande, al Sur y a las grandes ciudades como Santiago. Las cifras de Hurtado son expresivas: la población rural del Valle Central es en 1895 casi igual en números absolutos a la de 1865, y representa sólo un 37% de la población de Chile. Una cantidad de personas, aproximadamente equivalente a su crecimiento vegetativo, ha abandonado el Valle Central.¹⁰

Cambios en la estructura ocupacional

¿Encuentran trabajo los hombres y mujeres que emigran a Santiago? La pregunta, que se relaciona con las grandes explicaciones ensayadas para la cuestión de las migraciones (los factores de expulsión o de atracción), no tiene, desde el punto de vista del análisis histórico, una respuesta fácil ni tampoco única. Los datos censales, pese a todas sus limitaciones, permiten trazar algunos parámetros muy gruesos acerca de la población potencialmente activa y ocupada y también sobre los cambios en la distribución del empleo.¹¹

Cuadro N° 3
Tasas de crecimiento por sexo de la población, la población potencialmente activa (PPA) y la ocupada (POc) del depto. de Santiago, la ciudad y el depto. excluida la ciudad, 1865-1895

	Departamento			Santiago			Depto. exc. Stgo.		
	H	M	T	H	M	T	H	M	T
Total	2.0	2.2	2.1	2,6	2,7	2,6	0,2	-0,3	-0,1
PPA	2.0	2.0	2.0	2,5	2,6	2,6	0,4	-0,4	0,0
POc	2.3	1.9	2.1	s/d	—	—	s/d	—	—

Fuente: censos de población. Ver nota 11.

Cuadro N° 4
Participación de la población potencialmente activa (PPA) en el total de la población en el depto. de Santiago, la ciudad de Santiago y el depto. excluida la ciudad. Participación de la población ocupada (POc) en el total de la población potencialmente activa en el depto. de Santiago (en porcentajes), 1865 y 1895

		1865			1895		
		Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
Departamento	PPA/total	64.0	70.1	67.2	64.1	67.2	65.7
	POc/total	78.6	38.5	56.6	85.6	37.0	58.8
Ciudad	PPA/total	65.1	69.8	67.7	63.6	68.1	66.1
Depto. excl. ciudad	PPA/total	61.8	64.3	63.0	65.9	61.1	63.7

Fuente: censos de población. Ver nota 11.

Entre 1865 y 1895 se observa en Santiago una leve declinación proporcional de los hombres en edades activas, y consecuentemente un aumento de los niños, y por otro lado un aumento, de magnitud no determinada, de los hombres ocupados.¹² Aunque imprecisa, esta imagen difiere de la tradicional de masas subocupadas y fortalece aquella otra que enfatiza la expansión urbana y los factores de atracción, aunque ciertamente nada dice de la cuestión de la ocupación temporaria.

Entre las mujeres el panorama es distinto. Se advierte claramente que la zona rural continúa expulsando mujeres en edades activas; la ciudad absorbe todo el crecimiento vegetativo de la zona aledaña y la incorporación de otros contingentes, con mayor proporción de niñas, hace disminuir levemente la presencia total de las mujeres activas en la ciudad y se reduce la diferencia, al principio bastante marcada, con los hombres. Igualmente clara es la disminución de las mujeres que declaran ocupación, y la diferencia en este aspecto, respecto de la población masculina, es marcada; la oferta de empleos femeninos en la ciudad es globalmente estática y crece menos que la población.

Las cifras de los censos intermedios revelan un fuerte aumento en la ocupación, de manera muy particular entre las mujeres (tan alto que quizás incluya algún error, especialmente en las costureras). Puede ser que esto se relacione con los ciclos expansivos que culminan, respectivamente, en 1873 y 1890 y que son registrados, en diferente medida, por los censos de 1875 y 1885. La imagen de la población de la ciudad en 1895 comienza a parecerse a la de las metrópolis de crecimiento acelerado: los niños aumentan de manera más rápida que los adultos; los potencialmente activos más que los ocupados, y ambas cosas de modo más marcado entre las mujeres que entre los hombres. La ciudad, receptora de inmigrantes expulsados de distintas áreas —y ya también de lugares lejanos de la capital—, no puede dar ocupación a todos los que llegan a ella, y en especial a las mujeres.

¿En qué trabajan los ocupados? En treinta años la estructura ocupacional muestra cambios significativos, que reflejan el crecimiento urbano, la diversificación de actividades y, en general, la expansión y diversificación de la estructura económica de la ciudad y del país. El sentido de estos cambios es diverso según el tipo de trabajadores, pues en algunos casos está clara la dimensión de la atracción de trabajadores a actividades expansivas; por otra parte se reducen drásticamente algunas actividades tradicionales, significativas como fuente de empleo.

Según los datos de 1865, las tres cuartas partes del empleo estaban distribuidas en tres grandes sectores: actividades arte-

sanales, servicio doméstico y gañanes (luego se analizará el significado de esta categoría). Estas dos últimas, típicamente no especializadas, cubren la mitad del empleo. La proporción es mucho más alta entre las mujeres, concentradas entre el servicio doméstico y algunas artesanías.

Cuadro N° 5
Distribución porcentual de la población ocupada
por grandes sectores, depto. de Santiago, 1865-1895,
y tasa de crecimiento, 1865-1895

	1865			1895			Tasa crecim.
	H	M	T	H	M	T	1865-95
Activ. primarias	5,1	—	5,1	5,5	0,2	5,7	2,4
Artes. e industria	15,4	12,9	28,3	19,3	9,4	28,8	2,2
Comercio	6,9	1,1	8,0	10,6	2,0	12,6	3,7
Transp. y comunic.	1,4	—	1,4	2,7	—	2,7	4,4
Servicios	7,5	0,7	8,2	12,9	2,2	15,0	4,2
Serv. doméstico	5,0	22,6	27,6	3,0	20,9	23,9	1,6
Gañanes	21,3	—	21,3	11,2	—	11,2	0,0
Total	62,6	36,6	100	65,2	34,7	100	2,1

Treinta años después, domésticos y gañanes reducen fuertemente su participación (17 puntos del total), mientras que las actividades artesanales manufactureras mantienen una posición estable. El servicio doméstico —mayoritariamente femenino, aunque con una participación no despreciable de hombres— declina algo en su posición, mientras los gañanes retroceden notablemente. Crecen en cambio actividades especializadas y, en general, más modernas, como el comercio, servicios varios, transporte y comunicaciones. Entre los empleados particulares y de comercio se registra una creciente participación de mujeres, al tiempo que declina su presencia en actividades artesanales tradicionales, como el tejido. La estabilidad del sector manufacturero incluye una importante transformación —la maduración de la producción artesanal y el inicio de la producción fabril (no registrado cabalmente en estas cifras)—, lo que supuso un importante aumento del empleo masculino.

Para evaluar más cabalmente estos cambios es necesario obser-

var en detalle las principales actividades que emplean trabajadores no calificados.¹³ En primer lugar el servicio doméstico, que incluye casi un 30% de los ocupados, y 2/3 partes de las mujeres que trabajan. A diferencia de lo que pueda observarse en otras ciudades en esa época,¹⁴ no hay aquí una tendencia clara y definida a la reducción: a la leve caída de 1895 seguirá una recuperación en el censo siguiente de 1907. En parte, esto se debe al sostenido aumento de la demanda, tanto por la expansión de la elite cuanto por la más lenta expansión de las capas medias: quienes querían ostentar un mínimo de decencia debían tener uno o dos sirvientes. Sobre todo, se debe a la amplitud de la oferta, por la fuerte migración de mujeres sin muchas otras alternativas de trabajo, aunque el servicio doméstico está lejos de poder absorber toda la inmigración femenina.¹⁵ En parte, ambas tendencias empezaron a ser contrarrestadas por nuevas posibilidades laborales, especialmente para los hombres (de ahí la fuerte reducción), aunque también para las mujeres, que pueden emplearse por ejemplo como "conductoras" de los carros urbanos o empleadas de comercio. Dos cambios se observan en la composición del sector: el desarrollo de un grupo especializado (cocineros, mayordomos) y el crecimiento de los servicios externos (lavado, planchado, costura a domicilio), que suponen una relación laboral bastante diferente.

Entre los hombres, las principales fuentes de empleo son la construcción y las obras públicas. Es muy difícil determinar el número de personas ocupadas en ellas. La actividad está sujeta a fuertes fluctuaciones, que acompañan en general los ciclos de prosperidad o retracción económica, pero sobre todo, en lo que hace al Estado, las de la balanza comercial y de pagos.¹⁶ Así, en la década de 1850 las inversiones urbanas fueron escasas —sólo algunos edificios—, aunque el Estado capitalizó los años de bonanza construyendo canales, ferrocarriles y caminos rurales. En los sesenta se emprendieron tareas mayores —la Universidad, el Mercado Central, agua potable, iluminación— que culminaron en el período 1870-75, de intensísima actividad, que incluyó toda la obra de remodelación de Vicuña Mackenna. También fue muy importante la construcción privada: el ostentoso barrio del sudoeste o los palacios y portales del centro, y también la vivienda popular, cuyo auge está testimoniado por el desarrollo de las poblaciones periféricas. Según anota Tornero, entre 1870 y 1872 se construyeron 1.000 nuevas viviendas, que se sumaban a las 7.000 ya existentes.¹⁷ Estos ciclos estuvieron cortados por las crisis económicas como las de 1849-51, 1859-61, 1867 y 1875-79. La expansión de los ochenta culmina en la época de Balmaceda, con la cima más alta de la obra pública, interrumpida en 1891 por la guerra civil y la crisis. Los períodos de expansión significaron naturalmente gran

aumento del empleo y los de crisis provocaban una inmediata desocupación.

La expansión fue modificando la organización de las actividades. En la construcción, el trabajo más bien artesanal del maestro albañil, sus oficiales y peones, fue dejando paso a organizaciones más complejas, de empresarios de la construcción (así figuran en el censo, junto con muchos "arquitectos") y contratistas, que trabajan tanto para clientes privados como para el gobierno. Por otra parte, se desarrolló e hizo más complejo el sector especializado de la construcción, registrado minuciosamente por el censo.

El del transporte es también otro ámbito en expansión. En treinta años los cocheros pasaron de 400 a 1.200. Esto incluye a los domésticos, que aumentan con el uso generalizado de carruajes, a los que conducen coches de alquiler, propiedad de pequeños empresarios, y los de los Carros Urbanos. Esta empresa llegó a tener hacia 1890 unos doscientos carros, que ocupaban conductor, guarda (generalmente mujer) y mayoral, amén del personal de mantenimiento. Los carretoneros también se multiplicaron: según el censo (que los subvalúa), pasaron de 400 a 1.000. Los vehículos eran empleados en múltiples usos: llevar y traer carga a las estaciones ferroviarias (el ferrocarril multiplica su uso), repartir cerveza o pan (había 200 de los panaderos), recoger la basura de las calles y acequias (la Municipalidad empleaba hasta 200) y muchos usos más. El número de arrieros y carreteros que llegan del campo aumenta con el desarrollo del consumo urbano de alimentos; con ellos viene un séquito de boyeros, picadores y otros, que integran la población fluctuante entre el campo y la ciudad. Aunque los trabajadores ferroviarios —estables y calificados— no integran este mundo, las estaciones son punto de reunión de peones, changadores o carreros.

El abasto de la ciudad, que da vida a la Plaza y luego a la Vega, se prolonga en multitud de vendedores ambulantes de fruta, verdura o carne. A veces son repartidores, otras habilitados y algunos comerciantes ínfimos por cuenta propia. Junto a ellos, quienes elaboran alimentos: amasanderas, empanaderas y tantas otras cocineras. Difícilmente cuantificable, se trata de un sector cuya densidad, a juzgar por los testigos, no cede. Si bien su expansión se relaciona con la fuerte migración, pues es una actividad adecuada para quien no tiene nada mejor que hacer, no puede desconocerse que ciertos aspectos del crecimiento urbano estimulan su crecimiento: el aumento mismo de la población popular, la circulación entre ocupaciones y la estrechez de la vida del rancho o el conventillo, que estimula a comer en la calle, o la distancia de los mercados, que hace útil al vendedor ambulante.

Los trabajadores no calificados aparecen en otros sectores de la

ocupación menos esperados, como la policía de aseo o la de seguridad, y también en el sector artesanal manufacturero, que hacia el final del período comienza a incluir a un sector de trabajadores inestables y no calificados. Los talleres artesanales crecen sostenidamente desde mediados de siglo; hacia mediados de la década del setenta —punto culminante de un largo ciclo expansivo— se los encuentra en ese estado de madurez que se advierte en las páginas de *La Industria Nacional*. Debe distinguirse del conjunto de estos trabajadores a las casi 7.000 costureras, entre las que quizás haya muchas escasamente especializadas y ocasionales. También es probable que los talleres emplearan, en alguna medida, peones para limpieza y acarreo, pero su significación no debe de haber sido mayor. Desde mediados de la década del setenta comienzan a aparecer establecimientos fabriles de alguna importancia, que crecen considerablemente después de 1880, de modo que hacia 1895 ya hay constituido un grupo de fábricas de magnitud. Además de los trabajadores específicamente fabriles, empieza a emplearse allí un número importante de trabajadores no calificados, a menudo mujeres o incluso niños, para tareas de empaque y distribución. Así, las cerveceras, como Ebner o Gubler, emplean casi 800 personas, las fábricas de conservas tienen importantes requerimientos estacionales, mientras que las de galletitas (Ewing, Mac Kay) o la de fideos (Arancibia) requieren muchas empacadoras. La presencia de este sector indica los inicios de un cambio importante del trabajo no calificado que, junto con otros muchos elementos, permite pensar en una nueva etapa de la vida laboral de Santiago.¹⁸

Entre el campo y la ciudad

En este recorrido por las principales actividades en que se concentran los trabajadores no calificados, ha quedado fuera la categoría censal más numerosa: los llamados gañanes. En 1865 uno de cada tres trabajadores varones se definía así. Desde entonces, y en los censos siguientes, su número se mantiene estable en torno de los 13.000 y consecuentemente su participación declina, de modo que en 1895 sólo uno de cada seis trabajadores varones está así definido.

Para los censistas, gañán es "el que se ocupa de toda clase de trabajo a jornal, sin residencia ni destino fijo". Esta definición, tan poco precisa, obedece en parte a los criterios generales del censo en materia de ocupaciones,¹⁹ pero también a la característica principal de estos trabajadores, muy particularmente en las áreas urbanas: su gran movilidad locacional y ocupacional, manifiesta en su circulación por diversas actividades, tanto rurales como urba-

nas. Así, la categoría gañán se ubica en el centro de la masa de trabajadores no calificados que domina en la ciudad y que probablemente se prolongue, sin cortes categóricos, entre quienes figuran como domésticos, cocheros o albañiles. La cifra censal indica el mínimo pero no el máximo. Su reducción puede deberse a algunos procesos generales (como el vaciamiento relativo del Valle Central, o la diversificación de la estructura productiva), pero también a un afinamiento del criterio de los censistas, o incluso al momento del año en que se levanta el censo.²⁰ Lo cierto es que los gañanes nos conducen al centro de nuestra pregunta —los trabajadores no calificados— y nos obligan a echar una mirada previa sobre el mundo rural.

¿Quiénes son los que emigran del campo a la ciudad? Tradicionalmente se ha discutido si eran inquilinos o peones.²¹ Tal como ha mostrado Bauer, no sólo la sociedad rural del Valle Central era más compleja que eso sino que las causas del proceso de migración, también complejas, deben buscarse en las formas de asentamiento durante el proceso que lleva a la saturación del Valle Central y en el impacto del desarrollo de la agricultura comercial. La absorción de población pasó por el crecimiento del sector de inquilinos minifundistas o inquilinos peones (un grupo intermedio entre los dos tradicionalmente señalados), así como por el de los allegados, instalados más o menos precariamente en las tierras de aquéllos. Ese equilibrio precario se rompe cuando se produce el desarrollo de la agricultura comercial: la apetencia de tierras antes no valoradas y "la tendencia del patrón a ser el trabajador único y universal de todo el fundo" llevaron al congelamiento o disminución del número de inquilinos y a la aparición de una masa de sin tierras que "son el excedente que el mal sistema de inquilinaje arroja".²²

Cuando se acaban las posibilidades de fragmentación de la tierra familiar o de alojamiento de allegados, quienes sufren las consecuencias son las nuevas generaciones, ya sea de inquilinos o de peones-inquilinos, incapaces de reproducir la situación de sus padres.²³ La situación es mucho más dramática entre las mujeres, pues a su falta de lugar en tareas para las que sobran hombres se agrega la desaparición de las artesanías textiles tradicionales.²⁴ Así, el inmigrante típico no se define tanto por la posición que él o sus padres ocupan como inquilinos o peones cuanto por su edad y sexo: tal como lo confirman los datos de población de la ciudad, son los jóvenes, y sobre todo las mujeres, entre el comienzo de la edad laboral (10 a 15 años) y los 24 años (para tomar los parámetros del censo). Ése es el momento en que los hombres jóvenes comienzan a "rodar tierras" y a elaborar una forma de comportamiento que tradicionalmente se había considerado atávica. Mientras la mujer se instala rápidamente en la ciudad, los hombres comienzan a deam-

bular entre distintos empleos, rurales o urbanos, situación que reflejan los censistas y que constituye una de las claves de la existencia de los trabajadores no calificados.

Estos movimientos, que involucraban a trabajadores asentados en los bordes de los fundos, en aldeas y caseríos y en las ciudades, tienen su momento culminante durante la cosecha de verano. Claudio Gay, luego de clasificar los peones o gañanes entre "los que no se ocupan más que de los trabajos de la ciudad y de las chacras y los que se ocupan de los trabajos de las haciendas", agrega en seguida: "Aunque con frecuencia pasan de las unas a las otras, sobre todo cuando llegan las épocas de la cosecha".²⁵ Al concluir ésta, se inicia el reflujo a un núcleo de ocupaciones más problemáticas. Visto desde la ciudad, suele asociarse con preocupaciones por desórdenes y robos: "Parece que la falta de trabajo y la llegada de ciertas gentes después de sus correrías por las aldeas y campos nos han traído una plaga de aquellos malos ciudadanos cuyos audaces atentados se repiten en las calles más centrales". El episodio corresponde al mes de junio, al iniciarse el receso invernal.²⁶ Pero la movilidad es más amplia que la marcada por el ciclo general. Falto de arraigo ocupacional, el gañán está presto a ir de aquí para allá, buscando un trabajo o una diversión, empujado por una enfermedad y aprovechando el ferrocarril para multiplicar su capacidad de movilización.²⁷

El ciclo rural movilizaba fundamentalmente a los trabajadores no calificados, pero también a mucha otra gente, tanto por la atracción de los salarios ofrecidos cuanto por la parálisis de las actividades urbanas. Los dueños de los fundos marchaban a vigilar la cosecha y sus familias a pasar el verano. Los hijos de los agricultores, que estudiaban en Santiago, eran retirados por sus padres en verano para que colaboraran. Gay indica que al comenzar el verano se mandaban mayordomos o empresarios, encargados de "separar a los obreros de las ciudades para emplearlos en las labores del campo... y los artesanos abandonaban algunas veces sus talleres con sus mujeres e hijos, para dedicarse a un trabajo al que se hallan apenas acostumbrados".²⁸ Oferta y demanda, estacionalidad urbana y rural, contribuyeron a crear una pauta de vida de los trabajadores, reforzada por su escaso arraigo, que los hacía proclives al cambio de ubicación, aun ante incentivos no demasiado fuertes.

¿Cuánta gente atrae la cosecha y en qué momento? En el Valle Central la cosecha se desarrolla en forma escalonada, entre diciembre y marzo (con la viticultura se extendió un poco más). Dura en cada lugar unas tres semanas, siendo imperioso finalizarla en ese término. Bauer ha estimado que en los dos meses de demanda máxima (entre fines de diciembre y de febrero), se requieren unas

50.000 personas.²⁹ lo que supone movilizar, por un breve periodo, un fondo muy extenso de trabajadores que, junto con los residentes en Santiago, incluye a los inquilinos y a sus allegados, los pobladores de los caseríos periféricos de los fundos, los habitantes de aldeas y ciudades. Todos tienen como rasgo común la disponibilidad en el tiempo de la cosecha y una movilidad que no pasa necesariamente por Santiago.³⁰

Se trata de una masa laboral de reserva que es subutilizada, pese a que para los hacendados es "la época de los grandes apuros y de las grandes dificultades... cuando claman por la inmigración y por la abundancia de brazos, cuando se siente el peso de los altos jornales y... la obstinada ceguedad que no ha permitido hacer adquisiciones de máquinas y herramientas..."³¹ Ann Johnson ha establecido que en 1874 se emplea en el Valle Central entre un 40 y un 60% de los jornaleros disponibles. La emigración femenina da cuenta precisamente de un reservorio de trabajo no utilizado. De modo que la escasez percibida, que da lugar a múltiples y reveladoras discusiones y que fundamenta toda una imagen del trabajador no calificado, tiene que ver, más que con una carencia absoluta, con la falta de trabajadores en los lugares y momentos adecuados, que son muy precisos debido a la premura de las tareas. Esta "anormalidad" del mercado de trabajo constituye una ventaja para los gañanes, que se transforma en demanda y elevación de jornales.

La alternativa para estos trabajadores eran las obras públicas, habitualmente consideradas como competidoras por una mano de obra escasa y, por ende, responsables del alza de los salarios.³² La construcción de obras públicas tuvo dos cimas importantes: en 1870-73 y en 1887-90; fuera de esos momentos, lo verdaderamente significativo fue la construcción de ferrocarriles. El de Santiago a Valparaíso ocupa inicialmente, entre 1852 y 1855 (momento en que se paralizaron las obras), hasta 2.500 trabajadores. Entre 1861 y 1863 Meiggs empleó 2.000 al comienzo y 10.000 en la etapa final; luego, el requerimiento para mantenimiento y fin de la obra fue bastante menor: sólo eran unos 3.500 en 1865.³³ y luego esa cantidad seguramente disminuyó. En 1868 comienza la emigración de trabajadores al Perú (hecho, por otra parte, revelador de la sensibilidad al salario de estos trabajadores, habitualmente negada). Se ha estimado que entre 1867 y 1872 fueron al Perú unos 25.000 chilenos.³⁴

Los 10.000 trabajadores de 1861-63 representaban por lo menos un 20% de la mano de obra requerida en la temporada, y los 25.000 del Perú un 50%. Si tales cifras se tomaran literalmente, esto habría representado una catástrofe para los empleadores. Sin

embargo, y más allá de las protestas y agitación, no tuvo consecuencia visible alguna en las tareas rurales.

La construcción ferroviaria no competía sino que se complementaba con las tareas agrícolas. Los trabajadores se reducían al mínimo en verano y se retomaban al terminar la cosecha; se trabajaba intensamente en otoño y primavera, y en noviembre ya decaía la actividad. Visto desde la perspectiva de los trabajadores, muchos se enganchaban en el ferrocarril al terminar la cosecha y volvían a ella en el verano siguiente. Sin cortar sus vínculos con el campo (en el medio podían incluso trabajar en sus pequeñas parcelas familiares) empalmaban las dos tareas, y eventualmente también otras. Los contratistas, por su parte, no intentaban competir —como lo muestran algunos datos de salarios, bastante dispersos pero relativamente equivalentes— y aceptaban la reducción estival, manteniendo un equipo mínimo de trabajadores calificados.

Sumergido en este ciclo de actividades, el joven gañán enhebra distintas actividades, que lo llevan del campo a la aldea o a la capital provincial, la obra pública, quizás una mina del Norte Chico, y también a la gran ciudad, como Santiago, donde muchos un día recalán. Se trata de una imagen muy diferente de aquella de la ruptura súbita y total de alguien sólidamente arraigado en su comunidad, propia probablemente de otras sociedades, a la que quizá se asemeja más la migración femenina, que con frecuencia se instala en la ciudad en un solo movimiento. Entre los hombres, parece ser más bien el resultado de sucesivos ensayos e intentos, que terminan en parte por las mayores o menores posibilidades de encontrar empleo en los distintos puntos del periplo y, en parte, para cada uno, por el mero paso de los años y la natural fatiga.

Parece bastante seguro que en general los nuevos migrantes se instalan en los suburbios de la ciudad, donde los límites entre lo urbano y lo rural son imprecisos. Administrativamente, casi un quinto de la población de Santiago vivía en subdelegaciones rurales. Los campos se despueblan —comenta en 1876 el periódico *La Industria Nacional*— y "las clases proletarias se aglomeran en los suburbios de las aldeas, villas y ciudades".³⁵ Por esos años termina de conformarse la imagen de los arrabales peligrosos donde, según Vicuña Mackenna, "se vive en la más degradante miseria", pero su larga gestación está ampliamente testimoniada, por ejemplo, en los frecuentes reclamos de los vecinos que piden mayor control policial sobre las zonas que las autoridades no terminaban de considerar como propiamente urbanas.

Eso en ellas donde el proceso de emigración de los trabajadores, hecho de múltiples movimientos pendulares, comienza a condensarse. Era común que quienes se incorporaban a la ciudad como una escala de su ciclo estacional se asentaran en la vivienda de

parientes o amigos. Al igual que en las aldeas rurales, las viviendas de los arrabales urbanos se inflan con gente que permanece en ellas una noche, un mes o un año, y que son parientes, allegados o simplemente conocidos de los dueños de casa. Naturalmente, hay muchas otras formas de asentarse de manera precaria. Cuando la decisión de quedarse es definitiva, el nuevo morador quizás alquile un terreno "a piso", construya su vivienda y traiga a su familia.³⁶

Ese asentamiento no significaba cortar la circulación urbano-rural sino adquirir una nueva base de operaciones. Probablemente, mientras los trabajadores más calificados preferían instalarse en el centro, los gañanes elegían los arrabales o alguna de esas aldehuelas que luego el crecimiento de la ciudad iba incorporando,³⁷ no sólo a causa del costo de los terrenos sino por la persistencia de sus vínculos laborales con el campo; para las mujeres, en cambio, el asentamiento solía ser definitivo.

Esta circulación de corta distancia parece ir reduciéndose a lo largo de la década de 1870. Influyó el cambio de organización de las tareas rurales por parte de los hacendados —impulsado quizá por la imagen de la escasez de los 70—, quienes tendieron a reducir su dependencia de la mano de obra flotante, mediante el aumento de pequeños asentamientos, la utilización más intensiva del trabajo de inquilinos (y la reducción del espacio para la propia producción), así como —en menor medida— por la utilización de maquinaria para la cosecha y quizá la intensificación del trabajo y la racionalización de su organización.³⁸ Lo cierto es que, aunque entre 1870 y 1930 la población del Valle Central se mantuvo estacionaria, no se sintió falta de trabajadores. Por otra parte, el desarrollo de una serie de actividades urbanas, que incluían un fuerte impulso industrial y un ciclo importante de obras públicas, aumentó los elementos de atracción, sin que eso implique naturalmente afirmar que todos se emplearon. Pero sobre todo, aparecieron polos de atracción más distantes, como el Sur o el Norte Grande, responsables principales del vaciamiento del Valle Central y tentación permanente para los trabajadores urbanos.

En la ciudad: circulación y ocasionalidad

Instalada transitoria o definitivamente en la ciudad, esta masa de trabajadores se reparte en diferentes actividades, de un modo tan fluido que la referencia censal a las ocupaciones no llega a dar cuenta ni remotamente de este mundo proteico. Dos miradas a esa realidad —el mundo de la calle y las actividades femeninas en su conjunto— permitirán introducirnos en su análisis.

Tipos muy distintos de trabajadores conviven en la calle, pero el

espacio tiñe todo de una coloración común, facilita la circulación entre los distintos tipos de actividades y ayuda a empalmar períodos de trabajo y de desocupación. El grupo más visible son los vendedores callejeros. Se agranda o achica según estímulos estacionales o de otro tipo: es la actividad primera y más fácil para el gañán que llega a la ciudad y el más fácil refugio para quien pierde su empleo. Es el trabajo ocasional de muchos, los días de fiesta, en la Alameda o el Campo de Marte. Ni capital ni local ni habilidades especiales —sólo, quizás, un habilitador— son necesarios para vender frutas de la estación, helados y mote con huesillo. Algo más de destreza y ahorros requiere instalar, en el cuarto redondo a la calle o en un tenderete, una cocinería, fritanguería o chocolatería como las que tradicionalmente se multiplican en la Plaza de Abastos, la Alameda o la Estación, o para montar el Dieciocho una chingana en un carretón. Estos trabajadores ocasionales típicos se mezclan con otros estables: los repartidores o vendedores de alimentos —a menudo campesinos— o los faltos, comerciantes especializados pero ambulantes: aunque las diferencias son muchas, el mundo de la calle tiende a esfumarlas.

Otros protagonistas típicos son quienes conducen vehículos y caballos. Hay quienes transportan personas, mercaderías y basura; hay empleados de la Municipalidad, de la Empresa de Carros Urbanos, de una pequeña empresa de coches de punto o cocheros domésticos. Esas condiciones diversas son unificadas por una destreza simple y común y por un aspecto similar —“visten muchos el traje del roto: sombrero de anchas alas, generalmente de paja, y poncho”—, así como por una tendencia también común a permanecer poco tiempo en sus empleos; atenuar la circulación de los cocheros de un empleo a otro, y uniformarlos —como si la distinción facilitara la adscripción— son dos aspiraciones permanentes de las autoridades.³⁹

Mucha más gente trabaja en la calle o espera para hacerlo: los peones, contratados cada día para la construcción o los trabajos públicos, y que entre tanto distraen sus ocios en la calle misma.⁴⁰ Los artesanos ínfimos, que tienen a la calle por taller y local, como los zapateros de la pila o los barberos, que se multiplican los sábados (hasta las costureras toman ese oficio ese día), improvisan “su tienda de arpillera, sostenida por puntales de caña, a la orilla de las acequias”, y “de yapa” dan a los parroquianos “en verano una tajada de melón y en invierno descocados de mote”.⁴¹ Hay también policías, partícipes de la ronda, no sólo por su reclutamiento sino por las relaciones de camaradería —la vista gorda, el apañamiento, el pequeño soborno— establecidas con el mundo de la calle.⁴² Por ellos llegamos a los desocupados ocasionales y turbulentos, a los vagos permanentes, a las prostitutas, a los pequeños rateros, que

se prolongan sin solución de continuidad en el mundo de los trabajadores no calificados, y en quienes es posible incluso advertir las mismas pautas de estacionalidad y rotación.

Este mundo se alimenta a sí mismo, y así se reproduce y crece. Quien trabaja en el Matadero, en las plazas de Abastos o en las obras públicas o la construcción, es el cliente principal de los vendedores de fruta o comida. La calle permite superponer o empalmar en una misma persona actividades totalmente diferentes, como la del barbero-frutero citado. En general, la vida en la calle pone delante de los ojos de cada trabajador la alternativa de otro destino, y la perspectiva de ganar el día, cuando la obra se interrumpe, vendiendo frutas o helados, o de aprovechar la jornada de fiesta montando un tingladillo, así como crea la posibilidad y la tentación de abandonar el trabajo y pasar el día más agradablemente, dejando su ocupación a otro aspirante. La calle es el hábitat laboral principal del trabajador no calificado y está instalada en el centro de su idea del trabajo.

La situación de la mujer es algo diferente. Cuando migra a la ciudad suele hacerlo de una vez y definitivamente, y no participa de los periplos rurales de los hombres. Tener o no tener hijos suele definir su destino laboral: las que no los tienen (o quizás consiguen quien se los críe) encuentran con más facilidad empleo como domésticas y salen del circuito ocasional, aunque la inestabilidad de los domésticos es frecuentemente denunciada. Quienes los tienen deben buscar una actividad compatible con su crianza y atención e ingresan en un ciclo ocasional peculiar, compartido con muchas que, sin ser madres, no pueden conseguir alguno de los no muy abundantes empleos domésticos.

El ciclo se desarrolla, en parte, en la calle. La elaboración o venta de alimentos —que requiere de habilidades tradicionalmente femeninas— es compatible con la crianza, sobre todo si se aprovecha el propio cuarto a la calle como local. Las cocinerías se prolongan en los despachos de bebidas y éstos en las chinganas. Por diversos motivos, todo esto es un ámbito casi exclusivamente femenino, en torno del cual se reúnen no sólo la propietaria sino "cantoras", "tamborileras" y "tañedoras". ¿Hasta qué punto hay límites precisos con la prostitución? Es difícil afirmarlo, pues su percepción suele estar condicionada por las categorías morales del observador. Lo cierto es que, por esta vía u otras, la prostitución aumentaba a medida que crecía la ciudad y, a más de transformarse en una preocupación para las autoridades, fue con seguridad una alternativa ocupacional.⁴³

También eran compatibles con la crianza el lavado (sobre todo cuando, gracias al agua corriente, se traslada de las acequias al patio del conventillo) y el planchado, que requería de mayor destreza. Ambas actividades crecieron mucho, en parte por la abundan-

cia de la oferta y en parte por la tendencia de las familias a reducir la planta permanente de domésticos.⁴⁴

A la vez, parece haber aumentado las posibilidades en la otra alternativa: la costura. Aquí la trabajadora popular se mezclaba y compartía con la decente pobre, para quien ésta era la única actividad socialmente aceptable y no degradante.⁴⁵ Es posible que una y otra fueran preferidas por diferentes empleadores y para distintos tipos de trabajo.⁴⁶ Para la trabajadora popular, no solía ser un empleo permanente debido al ciclo estacional y otras alternativas imprevistas, de modo que probablemente pasara de una a otra actividad, incluyendo la prostitución, ejercida quizás en forma esporádica como parte de un ciclo más amplio de ocupaciones.⁴⁷

Estos encadenamientos laborales, que se adivinan tanto entre hombres como mujeres, confirman la existencia de una masa de trabajadores, que oscila entre distintas actividades, lícitas o no.⁴⁸ Como masa indiferenciada (los "rotos", "la hez de la sociedad") claramente distinguida de los trabajadores más estables y calificados (los "artesanos"), es percibida por la gente decente, que no suele encontrar diferencias, ni por sus ingresos ni por su aspecto o modo de vida, entre un doméstico, un peón, un cochero o un policía.⁴⁹ Se trata, naturalmente, de una visión tan prejuiciosa como poco interesada en los detalles, pero apoyada en dos elementos reales: ni la especialización ni el tipo de relación laboral establecen cortes definitivos en este conjunto de trabajadores; esa ausencia es la condición de su fluida circulación.

Pese a que las tareas del *gañán* eran sencillas, requerían de una cierta destreza o adiestramiento, normalmente adquiridos en el mundo rural de origen: habilidad para manejar caballos entre los cocheros, para cuidar niños, cocinar o coser entre las domésticas, para vender leche u hortalizas, para cuidar jardines. Hasta las habilidades delictivas eran útiles para desempeñarse en la policía.⁵⁰ Pero sobre todo el frecuente cambio de oficio, tanto en las etapas intermedias de la migración —las aldeas, el ferrocarril— como en la ciudad misma, ampliaba la gama de habilidades de los trabajadores. Esta ductilidad fue frecuentemente reconocida, antes de que se impusiera el estereotipo de la ignorancia del roto. También se señaló con frecuencia su capacidad para el aprendizaje, ligada también a ese tránsito por distintas actividades,⁵¹ de modo que la calificación, pequeña o real, requerida para las distintas tareas que podían integrar el ciclo del *gañán*, no constituían un límite para su circulación.

Tampoco los distintos tipos de relaciones laborales observables en ese conjunto de trabajadores parece determinar diferencias reales y asumidas como tales. Naturalmente, dominó con amplitud el trabajo a jornal (considerado como medida de contratación, inde-

pendientemente del plazo de pago). Los contratistas que operaban en las obras públicas, la construcción o los ferrocarriles, probablemente mantuvieran un núcleo estable en sus cuadrillas, pero el resto debe haber fluctuado ampliamente, aun en los períodos de actividad, tanto en número como en sus mismos integrantes. También se contrataba al día, en la carga y descarga, en el transporte por carros... En todas partes dominaba el "gañán al día", sustancialmente similar al rural, con el que se intercambiaba con fluidez. Los jornales urbanos solían mantenerse dentro de un cierto equilibrio: algo más altos en el campo durante la cosecha, y más parejos en el resto del año.

Existe, por otra parte, un grupo reducido pero significativo de trabajadores no calificados con empleos estables, generalmente del Estado: peones municipales, ordenanzas, policías. No parece advertirse que, por eso, gocen de una situación juzgada privilegiada o simplemente mejor, pues sus sueldos son muy bajos: hacia 1870, cuando un peón gana un jornal de 60 u 80 centavos, un peón municipal cobra 10 pesos por mes. En épocas expansivas es difícil para la Municipalidad reclutar policías, lo que indica que la estabilidad era juzgada una ventaja sólo relativa.⁵²

Están, por otra parte, quienes trabajan en forma independiente: lavanderas o planchadoras que cobran por pieza, artesanos ínfimos, a domicilio o en la calle, o vendedores callejeros. Sus gastos iniciales para comenzar a operar (jabón y almidón, herramientas sencillas, mercadería de estación) no significan una limitación grave: de ahí que, además de los que están permanentemente, sea ésta la actividad adecuada para los recién llegados o los que han perdido el empleo. El bolsón de reserva más característico del trabajo no calificado permite "vivir al día", pero no deja margen para el ahorro. Más posibilidades tienen quienes poseen algún tipo de participación o habilitación, como los cocheros de punto, repartidores de pan o vendedores en general. La distancia del patrón posibilita una pequeña ganancia extra, que le permite aspirar a un futuro mejor.⁵³

Éstas son algunas de las muchas situaciones que con seguridad existen. Lo llamativo es la escasa significación que estas diferencias parecen tener para los trabajadores: un cochero, sin cambiar de actividad, puede pasar de empleado doméstico (con todo lo que la domesticidad significa) a empleado de una gran empresa, como la de los Carros Urbanos, y de allí a habilitado como cochero de punto. Las ventajas e inconvenientes de cada situación no traban sus movimientos y su pasaje entre distintos empleos, ni, por otra parte, parecen existir variaciones sustanciales de ingresos en los diferentes tipos de actividad. En suma, situaciones muy diversas en términos analíticos no marcan cortes importantes en la masa de gañanes al día.⁵⁴

Posibilitada por los dos factores antedichos, la circulación de los trabajadores es a su vez estimada por la estacionalidad de las tareas urbanas, estrechamente ligada con la de las rurales. Así, la actividad de la ciudad se hace intensa en marzo o abril, en coincidencia con el fin de las tareas rurales estivales. Con la vendimia se multiplican los puestos de vino nuevo; para las costureras hay un máximo de actividad al comienzo de la temporada, cuando aumenta el trabajo de confección en las tiendas y de arreglo y adaptación en las casas particulares; aumenta la demanda de cocheros, tanto para el transporte público como para el servicio doméstico. En la construcción y en las obras públicas el período de trabajo intenso va de otoño a primavera (con una caída menor en invierno, por el mal tiempo), cuando la mano de obra es abundante; esto afecta a muchos otros trabajadores, como por ejemplo los fabricantes de ladrillos, los carreros o quienes venden comida en la calle. Con las fiestas del 18 de septiembre se alcanza un máximo de ocupación: las mujeres acostumbran a estrenar ropa, con el consiguiente trabajo de las costureras;⁵⁵ los propietarios suelen blanquear sus casas (y todos se hacen pintores) y muchos montan rudimentarias y transitorias chinganas o cocinerías, que requieren de personal auxiliar. Luego de las fiestas comienza el aquietamiento, que pronuncia el éxodo al campo de diciembre: los patrones a vigilar la cosecha, los gañanes a levantarla y el resto a pasar más amablemente el verano. Así, la mayoría de las actividades urbanas se paraliza, aunque la estación trae otras nuevas: "El grito del motero anuncia la entrada del verano, época en que principian sus ventas. ¿En qué se ocupa el motero en invierno? Nadie lo sabe".⁵⁶ Probablemente se trate de las mismas personas que en invierno venden otras cosas, pero en cualquier caso los cambios de actividad que impone la estacionalidad abren la posibilidad de la rotación de empleos.⁵⁷

Además del ciclo anual, otros factores interrumpen, frecuente y hasta normalmente, las tareas. Las obras públicas eran actividades particularmente sensibles a las fluctuaciones: si en los momentos de alza, como lo fueron 1872 o 1889, la demanda era muy grande,⁵⁸ a la inversa la interrupción de las obras creaba de inmediato una masa de desocupados. Las crisis afectaban también de otras maneras: en 1887, probablemente urgidas por la necesidad de reducir los costos, las autoridades del Ferrocarril Urbano decidieron que sus empleados trabajaran, por turnos, sólo 15 días al mes. En otros casos las causas eran menores: si el Estado prefería comprar uniformes importados para los soldados, esto achicaba rápidamente el campo de ocupación de las costureras.

Pero más allá de estas causas generales, los distintos testimonios dejan la impresión de que, por muchos otros motivos, especí-

ficos y difíciles de clasificar, los trabajadores cambiaban con frecuencia de empleo y que nadie arraigaba firmemente en uno. Cocheros, domésticos, gañanes al día, vendedores ambulantes, todos parecen integrar una única rueda, que gira permanentemente. Esto explica la subsistencia de un gran número de trabajadores en una ciudad donde los empleos no eran suficientes y, también, por qué la ciudad sigue atrayendo a migrantes rurales.⁵⁹

La alta rotación de empleos permite que, en lugar de un amplio sector permanentemente desocupado, todos tuvieran, mínima o parcialmente, un empleo para subsistir. Esto es estimulado por la estacionalidad, que reubica grandes contingentes de trabajadores y crea regularmente interrupciones en la ocupación, y es posibilitado tanto por el parejo reparto de destrezas y habilidades cuanto por la relativa equivalencia de las condiciones de trabajo.

Así se define una pauta para la ocupación, que se impone a empleadores y trabajadores. Para los empleadores, la amplia disponibilidad de trabajadores básicamente capacitados los lleva a contratar a quienes necesiten, en el momento en que los necesitan; indirectamente, a descartar las ventajas de un trabajador sobrio, moral y disciplinado, que resultaría de una acción relativamente sistemática y costosa. A su vez, esa abundancia en la oferta los lleva a pagar menos a los trabajadores estables, como policías o domésticos, que resultan así asimilados a la categoría de los gañanes.

Entre los trabajadores, por su parte, se observa también un acostumbramiento a la inestabilidad. En 1857 el médico Brunner anotaba: "Un criado se concierta y mañana se le antoja salir de la casa por un quitame esas pajas y nadie puede contenerlo. Un artesano viene a trabajar, pide plata adelantada, y se va a gozar de la vida, y el pobre patrón no le ve más la cara...". Opinión desde la perspectiva de los patrones, sin duda, pero apoyada en una percepción compartida: normalmente los trabajadores encadenan las tareas, sin arraigar de manera firme en ninguna.⁶⁰

Los empleadores: una nueva actitud

Hacendados, contratistas, dueños de casa y empresarios en general consideran natural disponer de una masa de trabajadores poco eficiente pero abundante, a disposición cuando se la necesitaba y que desaparecía luego. Entre 1862 y 1872 un cúmulo de circunstancias creó una escasez coyuntural de trabajadores: el máximo del ciclo agrícola exportador, el boom de la obra pública urbana, la emigración de trabajadores a los ferrocarriles de Perú. Fueron problemas circunstanciales, pero por contraste con aquellas convicciones se generó un animado debate sobre la "escasez".

en el que se manifestaron las imágenes viejas y nuevas de rotos y gañanes, y se esbozaron nuevas actitudes patronales.

Se discutió si los migrantes a Perú —pues esto era el elemento escandaloso— eran inquilinos o peones sin tierra;⁶¹ luego, cómo frenar la emigración. En un extremo se propuso restringir la salida del país de la "clase proletaria": los más moderados propusieron recurrir a disuasores profesionales, que en los puertos compitieran con los agentes enganchadores, o bien a los curas párrocos o a hacendados paternos, que cumplieran esa misma tarea en fundos y aldeas. En cuanto a las soluciones de fondo, los más progresistas recomendaban la elevación de los salarios de inquilinos y peones, ya sea por decisión altruista de los hacendados o bien por el aumento de la ocupación mediante la obra pública. Los liberales ortodoxos recordaban la doctrina clásica sobre salarios.⁶²

Tras la discusión teórica se manifiestan dos imágenes del trabajador chileno. La primera, tradicional y estereotipada, afirma que quienes emigran lo hacen por ignorancia y espíritu aventurero, por su afición a "rodar tierras", por "el espíritu de vagancia que poseen, herencia del indio nómada".⁶³ Menos explícitamente, se insinúa otra: quienes emigran buscan un mejor salario: son —contra la opinión corriente— sensibles a ese estímulo; lo que escaseaba no eran los trabajadores sino el trabajo. Por una parte, es la imagen descalificadora de la masa marginal y peligrosa; por otra, la de los modernos contestatarios, igualmente inquietante. Si bien no se excluyen, tampoco se superponen exactamente.

Las respuestas derivadas de la imagen tradicional son conocidas. Menos claramente, también la nueva imagen genera respuestas novedosas: en la explotación rural, una cierta tendencia a la racionalización del uso de trabajadores y, sobre todo, a la fijación de inquilinos-peones. En la ciudad, en cambio, parece tenderse al empleo de mecanismos coactivos, que alivien la presión salarial en los momentos máximos y tornen a los trabajadores más eficientes. Esos mecanismos, al atenuar la rotación de los empleos, debían a su vez reducir una de las dimensiones peligrosas de la masa marginal. Veremos su manifestación en dos casos: el uso de presidiarios en las obras públicas y el intento de control del servicio doméstico.

El Presidio Urbano alojaba durante la segunda mitad del siglo pasado unos trescientos detenidos, entre los sancionados por delitos menores y quienes esperaban condena. Tradicionalmente se los empleaba para los trabajos públicos, junto con los reclutados en un área de la sociedad de límites menos precisos: los vagos. A fines del siglo XVIII el corregidor Zañartu se hizo célebre durante la construcción del Puente de Calicanto, no sólo por utilizar a los presidiarios sino por aumentar sistemáticamente su número or-

ganizando "razias en garitos y chinganas, especialmente los domingos y lunes". El Bando de Policía de 1830 dio forma jurídica a esta práctica, común por otra parte en toda Hispanoamérica: vago es aquel voluntariamente sin ocupación, y debe ser destinado a las obras públicas, con lo que resulta asimilado al preso por su común condición de trabajador público.⁶⁴

Por otro lado la Penitenciaría, cuyo gran edificio fue construido en los años cuarenta, alojaba más de quinientos penados que cumplían condenas prolongadas, y cuya vida estaba organizada con criterios diferentes. Allí, el trabajo de los penados estaba asociado con su rehabilitación. En un taller, debía adquirir un oficio, costear sus gastos y acumular una reserva para cuando recuperase su libertad. También debía adquirir una instrucción elemental.⁶⁵

El modelo de la Penitenciaría puso en cuestión la asociación entre preso, vago y trabajador público. En 1846 el intendente Miguel de la Barra, apoyándose en criterios penales más racionales, propone que se abandone el trabajo forzado en los presidios, para reemplazarlo por talleres al modo de la Penitenciaría y "empleando a los hombres libres a jornal en los trabajos de policía". Significativamente, junto con la preocupación por la rehabilitación aparece otra por generalizar el trabajo libre.⁶⁶

La reforma que fue aprobada nunca pudo aplicarse cabalmente, en parte por la permanente circulación de detenidos en el Presidio, que dificultaba una organización estable, y en parte por la creciente necesidad de trabajadores en las obras públicas de la ciudad. Este conflicto entre dos necesidades —una social de largo plazo y otra edilicia inmediata— se manifiesta sin disimulo en 1871 bajo la intendencia de Vicuña Mackenna, cuya resolución de la situación da cuenta de las nuevas y acuciantes motivaciones respecto de los trabajadores no calificados.

Para Vicuña Mackenna, los talleres del Presidio eran verdaderos "corrales de ociosidad" en los que los reos vegetaban "con la misma existencia que los brutos en los potreros". Lo que conviene a los presidiarios —afirma— no son los oficios sino el robusto trabajo del peón, como por ejemplo una "faena de adoquines" al aire libre y por consiguiente higiénica, "activa y bulliciosa". Reseñando su gestión en ese campo decía: "En reemplazo de la escuela, que era un pretexto más añadido a la ociosidad, y de la cual no se obtiene el más mínimo resultado práctico, se abrieron las puertas de la casa (el Presidio) y se sacaron a trabajar por centenares de individuos las cuadrillas que han transformado en diez meses el Santa Lucía."⁶⁷ De las ventajas del nuevo sistema para los presidiarios dice, sin mucha precisión, que la mayor laboriosidad es beneficiosa; en cambio, es "infinitamente más productivo para la ciudad" que "aho-

rrará por ese solo arbitrio más de veinte mil pesos anuales en el jornal de los trabajadores.⁶⁸

La sinceridad del intendente es explicable. Por esos años —en medio de la “escasez”— la Municipalidad llegó a emplear 1.600 trabajadores diarios, de modo que 150 trabajadores, si no gratuitos al menos de bajo costo, eran significativos y justificaban el abandono, no sólo práctico sino teórico, de las consideraciones más tradicionales. Por temor a la escasez, un antiquísimo procedimiento que había comenzado a ser abandonado —el trabajo forzoso de vagos y presidiarios— es revalorizado, justificado en nuevos términos y adecuado al nuevo contexto.

En el ámbito del servicio doméstico también se advierte el intento de introducir mecanismos de coacción y control, que tienen que ver con cambios específicos en la actividad, pero también con la preocupación general por las consecuencias de la excesiva circulación, que caracteriza al conjunto de trabajadores calificados, y, entre ellos, a los sirvientes.

Tradicionalmente, éstos habían constituido un sector con límites definidos dentro de la masa marginal, tanto por las formas de reclutamiento (abundancia de las “chinitas”, los huérfanos de la Providencia, los hijos de los dependientes, dados a criar) como por el tipo de relaciones entre patrones y sirvientes, caracterizadas por la domesticidad, el paternalismo, la deferencia y autoridad, que no excluye el castigo físico.⁶⁹

Esta relación cambia sustancialmente a lo largo de la segunda mitad del siglo. Las formas de reclutamiento son distintas: menos niños dados y menos “chinitos de alfombra” y, en cambio, frecuente contratación de los muchos que se ofrecen espontáneamente, sobre todo cuando debe reemplazarse a alguno que deserta inopinadamente, por razones desconocidas y quizás incomprensibles.⁷⁰ Si en la realidad las diferencias entre el “antes” y el “ahora” posiblemente no sean tan tajantes, en el plano de la percepción de la elite y de sus preocupaciones las diferencias son claras: los criados se ofrecen, se contratan, se van... sin que quede claro de dónde vienen y adónde se dirigen. Esto implicaba la ruptura de una antigua relación equilibrada, pero también suponía la existencia de una oferta abundante y segura; hasta es posible que el alojamiento de los vínculos coactivos que ligan a sirvientes y patrones se relacione con esa oferta más amplia.

La circulación frecuente se vincula con una tendencia al cambio en la naturaleza de las relaciones: ruptura de la deferencia debida, de la aceptación del lugar asignado, de las relaciones cuasi familiares, en fin, de lo que suele presentarse como paternalismo. La relación que empieza a generalizarse se objetiva a veces al punto de incluir el reclamo salarial, pero más frecuentemente se manifiesta

en el hurto, denunciado como mal universal. Los criados —se dice— entran a servir con el deliberado propósito de escudriñar los hábitos de la casa y luego robar.⁷¹ Quienes son atrapados pasan por el Presidio o la Penitenciaría y luego vuelven a emplearse. Coincidentemente con otras amenazas —peste, huelgas, arrabales intimidadores— la elite percibe ese otro peligro en su propia casa.⁷²

Los efectos que la circulación generalizada tiene sobre el servicio doméstico explican los intentos de limitarlo por la vía legal, como aparecen en el Código Civil de 1857. Bajo la forma de la reglamentación de un contrato entre dos partes, libres e iguales, se legitiman y reglamentan prácticas tradicionales. Así, se fija que la duración del contrato puede prolongarse hasta cinco años y se establecen distintos condicionamientos para su ruptura, que en realidad a quien obligan es al trabajador.⁷³

Si bien es clara la intención de limitar la movilidad, el Código es impreciso en lo que hace a la aplicación de las disposiciones, y probablemente agrega bastante poco en cuanto a control efectivo, dada la fuerza de la tendencia que empuja a la circulación. En algunos testimonios es fácil advertir la eficacia de lo que M. de Certeau llama "tácticas del débil frente a la estrategia del fuerte".⁷⁴ De allí que se reclaman medidas adicionales, y particularmente un registro y matrículas de domésticos, llevado por la Policía o la Municipalidad, que certificara la autenticidad de las recomendaciones. La intención explícita era excluir a los candidatos con malos antecedentes, pero también detener, por la vía de la negación de las cartas de referencia, el permanente ir y venir de los criados. Vicuña Mackenna defiende una solución de este tipo, pese a reconocer que se aleja de una relación contractual libre, afirmando la necesidad de armonizar "por la libertad misma" los delicados intereses sociales y domésticos que se vinculan en esta cuestión.⁷⁵ Este mecanismo no pudo imponerse en el servicio doméstico, pero se concretó en el de los cocheros, a través de un registro que integraba los cocheros públicos a los privados y sumaba el control del Estado al de los patrones.

En el mismo sentido operan ciertas preocupaciones por el disciplinamiento de la mano de obra y el aumento de su eficiencia. Tenues, mezcladas con otras referidas a lo que, en términos de la época, se denominaba la "moralización" de los sectores populares, son sin embargo significativas, dado el contexto general de abundancia de trabajadores.

La crítica a la falta de eficiencia del trabajo de los gañanes, a su vida "arbitraria y desconocida",⁷⁶ al gusto por el ocio, al culto del San Lunes (o San Martes), aparece regularmente en todos los textos, desde los de M. de Salas en el siglo XVIII hasta la *Monografía obrera* de principios del XX, y se encuadra dentro de la imagen más

general de esos trabajadores, vistos como masa peligrosa. En este contexto, hacia 1870 aparece un nuevo argumento: los trabajadores son insensibles al estímulo salarial; carentes de otras necesidades, sólo trabajan impulsados por el hambre, de modo que un aumento de salarios sólo sirve para incrementar los días de holganza.⁷⁷ Descartada la posibilidad del incentivo económico, las nuevas propuestas, de indole moralizadora autoritaria, apuntan a paliar la ocasional reducción en la oferta de trabajadores. Muy característico es el cuestionamiento de la venta de alcohol, no ya por razones higiénicas o sanitarias sino por otras más estrictamente laborales: "Es necesario estorbar a toda costa las borracheras que en los días citados tienen lugar en la vecindad de la Estación Central, y que son causa en gran manera de la paralización de la carga y despacho de trenes".⁷⁸

Junto con esa imagen descalificadora tradicional, reforzada por el acelerado crecimiento urbano, fue desarrollándose otra, que destaca las virtudes del "roto chileno" y culmina luego de la Guerra del Pacífico.⁷⁹ El gañán es fuerte, dócil, hábil y capacitado para aprender rápidamente, de modo que su mejora como trabajador debe seguir otras vías, como lo plantea Henry Meiggs, quien parece encarnar en Chile los valores más modernos de su tiempo respecto de las relaciones laborales. Meiggs reemplazó los castigos habituales y la apelación a la fuerza por los estímulos morales. Su caso muestra el apartamiento de la figura de "gran señor y rajadiablos", pero, a la vez, la pervivencia de ésta: para mantener al obrero "siempre sumiso al trabajo... trataba como hermano al primero de sus empleados y al último de sus peones". Se trata en realidad de una forma diferente de relación paternalista: el "buen patrón" reemplaza al malo, pero opera con mecanismos que no son los más específicos de las relaciones contractuales. Si bien en su política de "pagarles con puntualidad, sin escatimarles ni medio centavo, y darles de comer hasta satisfacerlos" se advierte un cálculo más racional de costos y beneficios de la mano de obra, para los grandes esfuerzos el recurso final era absolutamente tradicional: la gran comilona, parte del antiguo "mingaco", que estimula y premia el esfuerzo extraordinario.⁸⁰

En los tres casos comentados —los presos, los domésticos y los intentos más generales de disciplinamiento— se combinan los problemas reales —la circulación, la conflictividad de las relaciones sociales— con una percepción de las mismas, prejuiciosa y deformada, y con acciones que apuntaban en parte a los problemas más específicos y en parte a aventar una sensación más general de peligro. En el caso de los domésticos, en el marco de una transformación de la relación servil tradicional por otra de tipo contractual, que genera resistencias de una y otra parte, el freno a la circula-

ción busca no sólo mejorar la calidad y eficiencia del servicio sino atenuar la peligrosidad de la situación. Entre los presos, en medio de una discusión sobre lo que debe ser la acción punitiva y correctora del Estado, el retorno a la más tradicional de las concepciones (y el abandono de los proyectos de moralización) asegura un plus de trabajadores baratos en momentos en que se teme por su escasez y encarecimiento. En el caso de las tendencias al disciplinamiento, la combinación de formas antiguas con otras muy modernas revela la percepción, aunque no el reconocimiento, de los cambios en el comportamiento de los trabajadores y, a la vez, el predominio sostenido de una imagen tradicional y descalificadora del gañán.

Los trabajadores: hábitos y formas de vida

La imagen del roto errante y vagabundo, dominante en la elite, es sin duda altamente prejuiciosa, pero se construye a partir de ciertos rasgos reales. ¿Hasta qué punto ellos provienen de experiencias de los trabajadores, surgidas de la naturaleza de su inserción laboral? Por muchos motivos, éste es un terreno más propicio para la inferencia que para la afirmación, pero algunos elementos sugieren una conexión entre esa circulación por distintos empleos, característica de la vida laboral de rotos y gañanes, y otras áreas de su vida en las que se configuran hábitos y actitudes que, a su vez, vuelven a fortalecer la circulación.

Si bien en términos generales esa circulación puede ser vista como una solución para los trabajadores, que podían sobrevivir compartiendo empleos escasos, desde el punto de vista de las experiencias individuales esto es diferente. Genera, en primer lugar, una gran incertidumbre: hoy se trabaja, mañana no se sabe. Hay factores permanentes y ciertas regularidades en el ciclo, pero también infinidad de factores aleatorios: una coyuntura económica adversa, el fin de una obra, el cambio de humor de un capataz o contratista y muchos otros. Por bueno que pueda ser el jornal, la inestabilidad hace que, en el mejor de los casos, permita sobrevivir, pero difícilmente acumular una reserva para coyunturas difíciles: la enfermedad propia, la de la esposa o hijos, y aun el nacimiento de uno de ellos; un desalojo, la pérdida del trabajo o cosas más generales e inevitables, como el envejecimiento. ¿Cuáles son los amortiguadores, las defensas frente a estos problemas? Por una parte, la solidaridad de amigos, parientes, vecinos, aunque poco se sabe de esto. Por otra, la mendicidad, quizás el robo, o para las mujeres la prostitución.⁸¹

Estas condiciones estimulan el desarrollo de arraigados hábitos

y costumbres. Permanentemente se señala que el trabajador al día no ahorra, y los más lúcidos agregan que no puede hacerlo. En realidad, puede adivinarse no sólo una forma distinta de ahorrar sino de vivir. La irregularidad del empleo hace que en los períodos de desocupación se acumulen deudas, lo que estimula una forma singular de ahorro: la compra de objetos valiosos que, ante una dificultad, son empeñados; se los recupera en época de bonanza y así el ciclo puede continuar indefinidamente.⁸² El hábito se instala en el mismo ciclo semanal: se empeña el lunes y se recupera el sábado, antes de gastar todo lo cobrado en la fiesta del domingo y el lunes. Así, el empeño equivale a un ahorro semanal para la celebración del domingo y del lunes. Las preguntas que surgen de esto son: ¿vale la pena un ahorro más largo? ¿Hay cosas que efectivamente pueden alcanzarse con el ahorro? ¿Hasta qué punto son valiosas?

Esta pregunta se encadena con otra: ¿para qué trabajar? Ya se señaló la observada insensibilidad a los estímulos salariales: el trabajo se regula de acuerdo con las necesidades más inmediatas, sin que entre en consideración un objetivo de más largo plazo. Probablemente, una dificultad o imposibilidad inicial, que hace difícil aspirar a gratificaciones más complejas, se convierte en actitud y en hábito: en el fondo, da lo mismo vivir de uno u otro modo. Nuestros testimonios provienen del "otro", que descubre la distancia entre esos comportamientos y un cierto ideal de ahorro y progreso. No obstante, sus correlatos reales parecen claros: un sábado, 500 peones que trabajan en el Ferrocarril Sur interrumpen inopinadamente sus tareas e improvisan un garito para jugar al naipe.⁸³ En todos los casos, disfrutar del momento, aprovechar la ocasión, parece terminar constituyendo una forma de vida que acentúa los rasgos del mercado de trabajo.

Es posible encontrar relaciones con otras esferas de la vida. Es significativa la homología entre la circulación ocupacional y una suerte de situación familiar análoga. Los cambios de ocupación del hombre significan a menudo alejarse del hogar: al campo, a las salitreras o simplemente a una obra en construcción alejada del lugar de residencia. Puede ocurrir que ese distanciamiento signifique de hecho la disolución de la pareja constituida, y quizá la formación de una nueva, más próxima al lugar de trabajo. Si la organización laboral empuja originariamente a la movilidad, luego, constituida como hábito, se transforma en facilidad o predisposición para el abandono de hogar y familia y ayuda a la conformación de un modelo familiar que incluye el abandono del hombre y también su sustitución. La permanencia de la madre tiene que ver con las necesidades de la crianza, tanto como con la ya señalada falta de oportunidades laborales equivalentes. Llevada a su extre-

mo, esta práctica se expresa en el llamado "aposentamiento" donde se combinan ambos tipos de circulación: quien está de modo transitorio en un lugar, para un trabajo ocasional, se hospeda también ocasionalmente y por tiempo variable.⁸⁴

Ciertamente, son sólo hipótesis e inferencias, apoyadas sobre todo en los textos, bastante posteriores, de la "novela proletaria", que inducen a estas preguntas acerca de las múltiples relaciones entre una actividad laboral basada en la circulación, experiencias de los trabajadores y hábitos y formas de vida establecidos.

Se ha intentado aclarar, al menos en parte, las características de un sujeto social que para sus mismos contemporáneos era oscuro y huidizo: los trabajadores no calificados. Como trabajadores, su circulación permanente entre distintas actividades y su salida y entrada en la ocupación parecen constituir la clave de su existencia. La estructura ocupacional muestra una expansión del empleo urbano (particularmente entre los hombres), una diversificación de las actividades e incluso la reducción del tamaño de las grandes categorías de trabajadores no calificados —los domésticos y los gañanes— dominantes a mediados de siglo. Pero de cualquier manera, la ciudad atrae más gente que la que puede emplear, y esto es posible por la permanente rotación de un conjunto amplio de trabajadores por entre un número más reducido de empleos. Esta circulación se integra en un ciclo laboral rural y urbano a la vez, en el que pesa en forma decisiva, aunque no exclusivamente, la cosecha agrícola de verano. Se relaciona a su vez con la modalidad de la migración rural urbana, que entre los hombres no suele ser producto de un único movimiento sino, más bien, el resultado de sucesivos movimientos cíclicos.

Las actividades agrícolas son la principal causa de la estacionalidad que caracteriza a todo el empleo no calificado, y probablemente también al calificado. Al cortar regularmente la continuidad en las tareas, crea las posibilidades para la rotación, aunque también hay otros factores, estructurales y coyunturales, generales y específicos, para esas interrupciones. Por otra parte, los factores que podían atenuar la circulación o hacerla inconveniente para los trabajadores, parecen tener escasa incidencia: la mayoría de los empleos no requiere de calificación especial, las diferencias salariales son escasas y los diferentes tipos de contratación no parecen ser significativos. De allí derivan pautas de comportamiento que, a su vez, refuerzan las causas de la circulación: para los empleadores, desinterés por contar con trabajadores estables, calificados y "morales"; para los trabajadores, la ocasionalidad se convierte casi en norma de conducta.

Por otra parte, se intentó inquirir acerca de imágenes y actitudes, propias y ajenas, que condicionan la percepción de la situación de estos trabajadores y orientan acciones que refuerzan o modifican esta situación. En el caso de los trabajadores mismos, sólo son posibles algunas inferencias acerca de la relación entre ocasionalidad y otras actitudes, habitualmente señaladas, acerca de su vida laboral o familiar. En el caso de los patrones, y más en general de la elite, hacia los años setenta se advierte una inflexión respecto de su comportamiento tradicional, derivada tanto de la inquietud provocada por una "escasez" circunstancial cuanto de la toma de conciencia de la peligrosidad de estos sectores segregados de la sociedad urbana. La solución para una situación juzgada crítica, tanto en lo específicamente laboral como en lo social, pasaba a sus ojos por el control y limitación de la circulación, por los intentos de disciplinamiento y hasta por la recurrencia a formas de trabajo forzado. Pero tras estos intentos novedosos se advierte la perduración de una imagen tradicional y altamente descalificadora de esta masa de trabajadores.

NOTAS

¹ El mejor estudio es sin duda el de Arnold J. Bauer, *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge University Press, 1975, al que sigo básicamente en estos temas. Es importante el trabajo de Ernesto Laclau, "Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, V, 2, Buenos Aires, julio de 1969, quien hace ya veinte años planteó esquemáticamente la correlación entre superpoblación rural, falta de diversificación económica, mercado de trabajo urbano y orientaciones políticas de los trabajadores.

² Carlos Hurtado, *Concentración de población y desarrollo económico. El caso chileno*, Santiago, 1966; Luis Ortega, "Acerca de los orígenes de la industrialización chilena, 1860-1879", en *Nueva Historia*, 2, Londres, 1981; Oscar Muñoz, *Estado e industrialización en el ciclo de la expansión del salitre*, Estudios CIEPLAN, 6, Santiago, 1977; H. Kirsch, *Industrial Development and Traditional Society*, University of Florida Press, 1977.

³ Peter de Shazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1907*, University of Wisconsin Press, 1983.

⁴ Ann H. Johnson, *Internal Migrations in Chile*, Ph. D. Dissertation, University of California, Davis, 1977. Gabriel Salazar Vergara, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago, Ediciones Sur, 1985.

⁵ El cuadro general de las migraciones ha sido trazado por A. Johnson. Para la comparación entre tasas de crecimiento entre distintas ciuda-

des, M. Connif, "Chile", en R. Morse, *Las ciudades latinoamericanas*, México, Sepsetentas, 1973. El resto de los datos son elaboraciones a partir de las cifras censales.

⁶ En rigor, en el Cuadro 2 se compara la población de la ciudad de Santiago (incluyendo aquellas secciones de los distritos rurales que constituyen la periferia urbana) y el resto de la población del departamento; en éste, si bien no hay otras ciudades de importancia, existen diversas aldeas cuya población, con un criterio muy amplio, podría considerarse urbana, pero que a los fines del planteo que hacemos debe considerarse como rural.

⁷ Esto es confirmado por las cifras elaboradas por Ann Johnson sobre migración a la provincia de Santiago.

⁸ Hurtado ha establecido las ganancias y pérdidas de grandes regiones en relación con el crecimiento vegetativo previsto y con la afluencia de migrantes externos, estimada por el número de extranjeros. Se trata de un cálculo grueso, pero de cualquier modo útil.

⁹ El tema ha sido ampliamente analizado por Bauer y también por Salazar, quien ha subrayado lo que llama proceso de campesinización.

¹⁰ A este cuadro, muy simplificado, debe agregarse la inmigración proveniente de otras provincias, que comienza a ser significativa al final de este período; de cualquier modo, estos datos acentuarían aún más las tendencias señaladas.

¹¹ Es bien conocida la problematicidad del empleo de las cifras censales, que deben ser consideradas apenas como una aproximación global. Además de los reparos, frecuentemente señalados, acerca de la recopilación de la información, para este caso concreto deben hacerse las siguientes aclaraciones:

a) Población potencialmente activa: se incluye la de 15 años o más; con seguridad, es frecuente que se empiece a trabajar antes, y también que muchos ancianos ya no lo hagan; los datos fueron elaborados a partir de la información censal por subdelegaciones.

b) Población ocupada: se trata de los que declaran ocupación, cualquiera sea su edad, con lo que probablemente se incluya a menores de quince años; se excluyen aquellas ocupaciones que no implican actividad económica; con seguridad, no todos los que declaran ocupación están efectivamente ocupados y es posible que haya casos, particularmente entre las mujeres, de trabajadoras que no declaran ocupación.

c) Los datos sobre ocupación corresponden al departamento de Santiago; para considerarlos indicativos de las tendencias de la ciudad debe tomarse en cuenta:

1. la población de la ciudad representa un 71,4% (1865) y un 84% (1895) de la población departamental;

2. en el departamento no hay otro centro urbano de importancia, aunque si aldeas o villas;

3. la población urbana del departamento representa el 69,6% del total en 1865 (algo menor que la de Santiago, pues hemos incluido en ella subdelegaciones rurales aledañas a la ciudad) y 87,5% en 1895; es decir, que población urbana y población de Santiago casi se superponen;

4. las tendencias generales de la población rural son inversas a las de

la ciudad, de modo que si se toman las departamentales como indicativas de las de Santiago esas tendencias aparecen atenuadas en las cifras;

5. respecto de las ocupaciones, las estrictamente rurales representan algo menos del 6%, proporción inferior a la de la población rural; esto indica que en las otras profesiones coexisten, en proporciones difíciles de determinar, trabajadores rurales y urbanos;

6. buena parte de esa diferencia está incluida en la categoría de "gañanes", que por definición suelen oscilar entre la ciudad y el campo.

d) Sobre las ocupaciones debe señalarse que su agrupamiento en ramas de actividad es bastante relativo, pues se trata de clasificaciones no equivalentes; hay cocheros domésticos, de transporte público y empleados de fábricas; muchos trabajadores no calificados empleados en fábricas aparecen seguramente entre los gañanes (el ejemplo más evidente es el de casi 1.000 cerveceros, no registrados en las ocupaciones).

¹² La tendencia de la PPA rural es marcadamente diferente de la urbana, e influye sobre las cifras totales. Esto indica que el crecimiento de la población ocupada del departamento debe atribuirse principalmente a los rurales, aunque la magnitud de la diferencia hace casi seguro que también aumente en la ciudad.

¹³ Se incluye también a las lavanderas. La cifra está subvaluada, pues no incluye a cocheros ni costureras domésticas.

¹⁴ En Buenos Aires es sensiblemente inferior, y cae del 20% en 1887 al 14,5% en 1895; en la ciudad de México en 1900 es apenas del 20%; en Puebla, donde el sector manufacturero pesa mucho, es sólo del 30% en 1830 y del 17% en 1900. En Londres, donde por muchos motivos el servicio doméstico debió ser importante, las cifras son algo más bajas que en Santiago: 23,4% en 1861 y 22,3% en 1891. Cf. el *Censo Nacional de Población de la Ciudad de Buenos Aires de 1887* y el *Censo Nacional de Población de 1895*; Hira de Gortari, *La estructura económica y del empleo en México D.F. (1890-1910)*, tesis doctoral inédita; J. C. Grosso, "Estructura productiva y fuerza de trabajo en Puebla, 1830-1890", *Cuadernos de la Casa Presno*, n° 2, 1984; G. Stedman Jones, *Outcast-London. A Study Between Classes in Victorian Society*, Oxford, Clarendon Press, 1971.

¹⁵ Según señala A. Johnson, entre 1865 y 1907 emigran a Santiago más de 100.000 mujeres, mientras que el servicio doméstico sólo aumentó en 9.000 plazas.

¹⁶ Pueden seguirse estas fluctuaciones sobre gastos municipales en los datos de Armando de Ramón y José Manuel Larrain, "Renovación urbana, rehabilitación y remodelación de Santiago de Chile entre 1780 y 1880", *Revista Interamericana de Planificación*, XIV, 55-56, septiembre-diciembre de 1980. La inversión del Estado nacional en obras públicas es analizada por Luis Ortega, *Change and Crisis in Chile's Economy and Society, 1865-1879*, unpublished Thesis, University of London, 1979.

¹⁷ Recaredo S. Tornero, *Chile ilustrado*, 1872, y H. Rumbold, *Le Chili*, París, 1877, p. 46.

¹⁸ Sobre el crecimiento industrial, Ortega, "Acerca de los orígenes de la industrialización chilena", y Kirsch, *Industrial Development*. Sobre la industria hacia 1895, "Sociedad de Fomento Fabril", *Boletín de la Estadística Industrial*, febrero de 1897, y Mariano Martínez, *Industrias santiaguinas*, Santiago, 1896.

¹⁹ El Censo registra la "profesión, industria u ocupación ordinaria o habitual de las personas. No se trata de averiguar la ocupación momentánea del individuo sino la que ejerce la mayor parte del año o más constantemente". *Sexto Censo General de la Población de Chile*, 1885, Introducción, XII. El criterio fue cambiado para el Censo de 1920, en que se registró la ocupación en el momento de levantarlo.

²⁰ Habitualmente se levantan en noviembre, cuando la mayoría de los trabajadores aún no marchó a realizar la cosecha.

²¹ Esa discusión se planteó en forma muy clara entre aproximadamente 1868 y 1872, con motivo de la emigración de peones a las obras ferroviarias en Perú. La opinión más liberal, que busca inculpar a los terratenientes y en general al sistema social vigente en el campo, afirma que son inquilinos; quienes defienden las posiciones conservadoras sostienen que son peones ambulantes, errabundos por naturaleza. El debate es revelador de la utilización, desde entonces habitual, de datos parciales de la situación rural para sostener posiciones políticas más generales. La posición liberal puede seguirse en *El Ferrocarril*, particularmente a lo largo de 1871. La conservadora en Zorobabel Rodríguez, cuyos artículos en *El Independiente* aparecen reunidos en la sección "Emigración chilena" de *Miscelánea literaria, política y religiosa*, Santiago, 1873-76, vol. II, pp. 208-24.

²² *El Ferrocarril*, 3 de agosto de 1871. El planteo general en Bauer.

²³ Según el redactor del *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, Julio Menadier, se trata de los hijos de inquilinos, incapaces de asegurarles un trabajo estable que ni siquiera es seguro para ellos mismos. *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, 1871, pp. 368-9.

²⁴ Las 7.200 tejedoras e hilanderas que el Censo de 1854 registra en la provincia de Santiago se han reducido en 1875 a 1.800. La situación es comentada por Salazar, *Labradores...*, p. 264.

²⁵ Claudio Gay, *Historia física y política de Chile según documentos adquiridos en esa República durante doce años de residencia en ella. Agricultura*, París, 1862-65, vol. I, pp. 198-203. Cf. Svetlana-Tscherebilo, *Estructuración y funciones de las aldeas y espacios urbanos intermedios en un contexto agrícola: zona central de Chile, 1840-1875*. Tesis de Licenciatura, Universidad Católica de Chile, 1976 (mecanografiada).

²⁶ *El Ferrocarril*, 18 de junio de 1867.

²⁷ Domingo Orellana, gañán adulto, que vive en el barrio Sur, se encuentra el 19 de enero de 1887 en San Felipe: "Su falta de recursos y la escasez de trabajo (probablemente estaba concluyendo la cosecha) lo obligan a salir el 19 a la mañana; al día siguiente toma el tren; por la tarde está en Santiago. Se aloja en la habitación de un amigo (como es habitual en estos trabajadores itinerantes) y al día siguiente encuentra trabajo en una obra en construcción. Es 1887, en los inicios de la expansión de Balmaceda, y enero, época de pocos desocupados en la ciudad. El caso, que conocemos por haber sido individualizado como el portador del cólera en Santiago, es relatado por David Meza B., en *El cólera. Estudio científico de esta epidemia*, 1887, p. 28. El trabajo apareció en la *Revista Médica*, XV, 1886-1887.

Otro caso: Miguel Celedón llega a Santiago, con su mujer e hija de 14 años, en el mes de septiembre de 1876. Su esposa fallece; coloca entonces

a su hija a trabajar en una casa de la calle de la Recoleta (para las mujeres era más fácil, y también más conveniente, instalarse definitivamente en la ciudad) y marcha a trabajar a un fundo en Renca, en octubre. Al mes siguiente vuelve a la ciudad y se emplea como peón en una construcción en La Cañadilla, cerca de donde vive su hija. Su muerte, mientras dormía en la obra donde trabajaba, permite conocer esta historia que ilustra acerca de cómo los flujos más permanentes se entrecruzan con circunstancias personales. Nótese que la circulación entre ciudad y campo no se produce en los meses típicos sino en un período intermedio. *El Ferrocarril*, 24 de noviembre de 1876.

²⁸ Gay, *La agricultura*, II, pp. 29-34. S. Tscherebilo ha destacado este aspecto de la migración al campo.

²⁹ Bauer, *Chilean Rural Society*, p. 150. Este autor parte de una estimación de 20 jornadas de trabajo por Ha., cifra muy alta que indica una productividad muy baja.

³⁰ José Pino, gañán casado, de 35 años de edad, vive en un caserío al frente de las casas del fundo, conocido como "Casas de Lata". Pese a esta residencia casi doméstica, que haría pensar en una relación estable con el fundo, al menos en tiempos de la cosecha, Pino fue a trillar a una chacra vecina. Su periplo duró varios días, en los que se dedicó, en realidad, a beber sistemáticamente en varios lugares. De Carmen Chiappa, probablemente soltero, no se conocía hogar establecido, y pertenecía a la población más puramente flotante. Trabajador al día, se encontraba de paso por Santa María, donde debió quedarse un tiempo debido al cordón sanitario establecido; cuando logró salir, "sin hogar y sin trabajo para proporcionarse su subsistencia... cayó sobre la hacienda de Chacabuco". Se alojó en calidad de allegado en la casa de un inquilino, quien le dio "franca hospitalidad al forastero", y de inmediato encuentra trabajo en la hacienda, por lo que "decidió fijar allí su residencia por algunos días" (Meza B., cit., p. 23).

³¹ Benjamín Vicuña Mackenna, en *El Mensajero de la Agricultura*, Boletín mensual de la Sociedad Nacional de Agricultura, 1857, tomo II, pp. 31-32.

³² En 1889, en pleno apogeo de las obras públicas, afirmaba *El Ferrocarril*: "La multitud de obras, muchas de ellas colosales, que por cuenta del gobierno se están ejecutando en toda la extensión del territorio de la República (...) ejercen sobre los trabajadores una atracción que en vano pretenderían resistir los hacendados e industriales, que no son dueños de fijar precios a los productos de sus fundos o fábricas". *El Ferrocarril*, 15 de febrero de 1889.

³³ Calculado a partir de los datos sobre salarios pagados por la empresa del ferrocarril Santiago-Valparaíso en 1865. Se estimó un jornal de 25 centavos. Los datos, en Ann Johnson, cit., p. 293.

³⁴ W. Stewart, "El trabajador chileno y los ferrocarriles del Perú", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, v. 85, julio-diciembre de 1938, pp. 128-171.

³⁵ *La Industria Nacional*, septiembre de 1876.

³⁶ G. Salazar ha recreado vividamente esta situación y ha destacado el papel de la mujer "apostadora" en este largo proceso de asentamiento.

Naturalmente, los testimonios contemporáneos, provenientes de algún sector de la élite, son menos generosos en la calificación. Cf. Salazar, *Labradores...*, p. 276. Sobre otras variantes de este proceso de asentamiento Cf. *supra* notas 27 y 30.

³⁷ Así lo supone Ann Johnson, aunque apoyándose en datos que no incluyen a Santiago de Chile.

³⁸ Tanto Bauer como Salazar han señalado esta modificación de la naturaleza del inquilinaje. Tscherebilo ha subrayado la intensificación del trabajo de los jornaleros.

³⁹ El texto es de Juan Serrado, *Visita a Chile en 1895*, Buenos Aires, 1898, p. 42. Según el Reglamento para los Ferrocarriles Urbanos, preparado en 1872 por el intendente Vicuña Mackenna, los conductores "llevarán un traje decente, y en ningún caso podrán andar en mangas de camisa, usar sombrero llamado de chupalla, etc.". Cf. *Un año en la Intendencia de Santiago*, Santiago, 1873, vol. II, p. 230.

⁴⁰ No es difícil adivinar, en esos "muchachos que a título de cargador o agentes asedian a los pasajeros" cerca de la Estación, a quienes en ocasión propicia se hacen vendedores o peones. Cf. "Instrucciones (del intendente) al comandante de Policía para el mejor servicio del cuerpo a su mando y de la ciudad" (1872), en Vicuña Mackenna, *Un año...*, vol. II, p. 230.

⁴¹ Santiago Estrada, *Viajes*, Buenos Aires, Estrada, 1946, vol. I, p. 222.

⁴² La equivalencia entre policía y roto es frecuentemente señalada en la época. La relación de los policías con el mundo de la calle —situación seguramente común en muchas ciudades— denunciadas por Vicuña Mackenna en la instrucción citada.

⁴³ Salazar ha hecho interesantes consideraciones sobre lo que llama el "grupo báquico", influido tanto por procesos demográficos cuanto por formas de vida y de cultura femeninas muy definidas, y encuentra ejemplos acabados de solidaridad popular en prácticas que otros calificarían quizás de promiscuas. Véase *Labradores*, pp. 273-81.

⁴⁴ Véase por ejemplo J. Errázuriz Tagle y G. Errázuriz Rouse, *Estudio social: monografía de una familia obrera de Santiago*, Santiago, 1903. Aunque referido ciertamente a una familia no miserable, se destaca el trabajo que la esposa hace como planchadora. Sobre el empleo de lavanderas externas, véase entre otros, P. Treutler, *Andanzas de un alemán en Chile*, 1851-63, Santiago, Editorial del Pacífico, 1858.

⁴⁵ En la tesis de una médica, en 1887, se distinguen dos géneros de mujeres: aquéllas a quienes las necesidades de la vida "las han obligado a vivir en una posición decente a toda costa", que tuvieron que "luchar con el misterio para conservarla" entregándose al trabajo del taller y a la costura (siendo el celibato y la tisis el premio de su sacrificio) y por otra parte las mujeres de "nuestra clase proletaria", que pueden dedicarse también a quehaceres domésticos, lavanderas y cocineras... Cf. Eloísa R. Díaz, "Breves observaciones sobre la aparición de la pubertad en la mujer proletaria y de las predisposiciones patológicas propias de su sexo", Memoria de Prueba, *Anales de la Universidad de Chile*, 7, 1887.

⁴⁶ Probablemente los oficiales del ejército que organizaban las tareas para sus regimientos, las instituciones de fines caritativos y las mismas

familias, mantuvieron a través de la costura una clientela de decentes pobres; por otros motivos, tiendas elegantes seguramente recurrían al trabajo de jóvenes decentes, con más habilidades específicas, mientras que grandes tiendas y talleres debían buscar, más sencillamente, trabajadoras baratas. Sobre esta distinción puede verse el cuento "Los dos patios" de Joaquín Díaz Garcés (Ángel Pino), en *Obras escogidas*, Santiago, Andrés Bello, 1969.

⁴⁷ En el Censo de 1865 se hace notar que el número muy abultado de costureras probablemente se deba a quienes no se atreven a declarar una profesión menos honorable. Cabría pensar, sin embargo, en un ejercicio esporádico de una u otra actividad, lo que sería corroborado por la falta de testimonios (al menos hasta fines de siglo) de un área de la sociedad urbana visiblemente identificada con la práctica permanente de la prostitución.

⁴⁸ Para los contemporáneos, el límite entre ambas no es demasiado preciso: la vinculación entre sirvientes, cocheros, raterías o robos mayores es frecuente. Véase "Domésticos", *El Progreso*, 20 de julio de 1843.

⁴⁹ "Es tan exiguo el salario que estos pobres ganan que no es posible les alcance para procurarse la precisa ropa a guarecerse de las inclemencias de la presente estación, y así es que vienen siendo miserables víctimas de su pobreza...", *El Ferrocarril*, 23 de junio de 1863. El texto, curiosamente, se refiere a los "pobres policiales" y es llamativamente similar a otros referidos a diferentes trabajadores.

⁵⁰ En uno de sus artículos satíricos, afirma Jotabeche que un vigilante, antes de serlo, "ha tenido que pasar indispensablemente por la escala de espantador de caballos y desnudador de caídos caballeros", José Joaquín Vallejo (Jotabeche), "El provinciano en Santiago", en *Artículos y estudios de costumbres chilenas* (1842-1847), Santiago, 1881, p. 213. Se recuerda también que el comisario Chacón, que reorganiza la Policía de Seguridad en los años sesenta, recurrió para ello a ex delincuentes.

⁵¹ Así lo señala Salazar, *Labradores...*, p. 154. Sobre la ductilidad del trabajador chileno, véase este texto de Poepping, que recorrió el país en 1828: para viajar por Chile es necesario "contratar los servicios de un mozo del país quien, mediante el pago de un jornal muy bajo para aquellos países (de siete a diez pesos al mes) cumple las múltiples funciones de un cocinero, arriero, camarero, arquitecto y mensajero", E. Poepping, *Un testigo en la alborada de Chile*, Zig Zag, 1960, p. 187. Sobre la capacidad de aprendizaje, nótese la opinión de los ingenieros que construyeron el ferrocarril de Santiago a Valparaíso, que juzgaban a los peones chilenos superiores a los irlandeses, y aun a los ingleses, no sólo en fuerza y docilidad sino en capacidad, al punto que Meiggs los convocó cuando inició la construcción de los ferrocarriles peruanos. Cf. B. Vicuña Mackenna, *Viaje por la República Carrilana (de Tiltit a Los Loros)* (1863), en *Miscelánea. Colección de artículos, discursos, biografías... 1849-1872*, Santiago, 1872, p. 88. También: *Reseña histórica del ferrocarril entre Santiago y Valparaíso*, Santiago, 1863, donde se incluye el discurso de Meiggs al inaugurar las obras.

⁵² Abundantes referencias en B. Vicuña Mackenna, *Un año...* 1, 80.

⁵³ En 1895 un cochero ganaba —según un prospecto oficial— un 12% de la recaudación bruta (Errázuriz Tagle: *Estudio social...*, p. 92). Según

Tornero, "la mayor parte de los vendedores que dependen de un patrón hacen sus trampas y diabluras.... *Chile ilustrado*, p. 468.

⁵⁴ Un elemento que unifica la situación de los distintos tipos de asalariados, y que también los acerca a quienes están en una dependencia más doméstica, proviene de que en ningún lugar el salario aparece en forma pura e incluye, por lo menos, una comida (en muchos, todas las comidas y el alojamiento). El sueldo de un policía, por ejemplo, incluía dos pesos en concepto de rancho.

⁵⁵ "Para las fiestas, habían estrenado todas las mujeres, ricas y pobres, sus trajes nuevos de percal, y todos los hombres el sombrero de paja o la chupalla de la estación", Augusto D'Halmar, *Recuerdos olvidados*, Santiago, Nascimento, 1972, p. 60.

⁵⁶ Tornero, *Chile ilustrado*, p. 468.

⁵⁷ Es significativo el comentario del director del Hospicio de Santiago, quien señala que los indigentes asilados piden licencia en verano, tiempo "con mayor facilidad para proporcionarse medios de vivir" (informe del director, 1853, incluido en la *Memoria del Ministerio de Justicia*). Esto se relaciona con el clima más clemente, con la baratura de ciertos alimentos y, también, con la aparición de algunos trabajos nuevos.

⁵⁸ En 1889, para las obras de canalización del Mapocho, se repatrió a chilenos empleados en las del Canal de Panamá.

⁵⁹ Esta idea ha sido desarrollada por Gareth Stedman Jones, *Outcast London*. Ann Johnson la propone como explicativa de la situación de las grandes ciudades chilenas.

⁶⁰ Juan Brunner, "Fragmento de una higiene pública de Santiago", *Anales de la Universidad de Chile*, 1857, p. 307. Dos testimonios literarios tardíos, de uno de los "novelistas proletarios" preocupados por reconstruir el punto de vista del trabajador, ilustran esto: don Fide, el marido de la "viuda del conventillo", fue pintor, albañil, gañán al día. Hizo de todo...., Alberto Romero, *La viuda del conventillo*, Buenos Aires, 1930, p. 5. Otro: "Emparentado por afinidad con muchos, no era ni lustrabotas ni diariero ni mendigo. Trotacalles vulgar, desprovisto de ficha de identidad, de elementos de lucha y hasta de plan de acción, el Perucho podía transformarse en una u otra cosa, indiferente", Romero, *La mala estrella de Perucho González*, Santiago, Editorial Universitaria, 1971.

⁶¹ La primera posición, que responsabilizaba primordialmente a los hacendados, "verdaderos señores feudales", fue sostenida por los liberales más avanzados y tuvo en *El Ferrocarril* a uno de sus mejores voceros; la segunda, que los eximía, fue sostenida por el conservador Zorobabel Rodríguez en el periódico católico *El Independiente*. Sobre los textos de este último Cf. nota 21.

⁶² Tal la propuesta de Francisco Echaurren Huidobro, con el apoyo de la Municipalidad de Valparaíso y la aquiescencia de la Sociedad Nacional de Agricultura. El proyecto de Echaurren Huidobro, en *El Ferrocarril*, 13 de julio de 1871; su crítica, y la propuesta de la discusión, en *El Ferrocarril*, 30 de julio de 1871. Sobre la función de los curas párrocos, Zorobabel Rodríguez, *Miscelánea*, II, p. 234.

⁶³ *El Ferrocarril*, 14 de julio de 1871. Según Marcial González, "el gañán y el roto de las ciudades y del campo es vagabundo por naturaleza,

ratero por inclinación, disipado por instinto, y si llega a completar algunos días de trabajo en un fundo, gasta y pierde en media hora lo que ha ganado en una semana, y luego emigra a otro fundo, para hacer allí igual cosa, hasta venir a parar en el hospital o presidio" ("Condición de los trabajadores rurales", 1876, en *Estudios económicos*, Santiago, 1889, pp. 321-2).

⁶⁴ Abel Rosales, *Historia y tradiciones del Puente de Cal y Canto*, Santiago, 1887, p. 19 y ss. Zañartu reunió hasta 200 trabajadores diarios, cifra más alta que la exhibida por Vicuña Mackenna cien años después. *Bando de Policía* de 1830, art. 38, en *Boletín de las Ordenanzas de Policía, dictadas para el servicio local de la ciudad de Santiago desde el año 1830 hasta el 1° de enero de 1860*.

⁶⁵ Referencias en los informes del director de la Cárcel Penitenciaria, 1862-1871 (y particularmente el de 1864, firmado por Urizar Garfias), incluidos en las *Memorias del Ministerio de Justicia*. Criterios similares en los informes del director de la Casa de Corrección de Mujeres.

⁶⁶ Señala De la Barra la conveniencia de no mezclar vagos con criminales, lo degradante de esta situación para los primeros, y para todos, la de trabajar encadenados y alojados en los célebres "carros" a falta de local adecuado para todos. Considera "un acto inmoral y chocante que hombres cargados de cadenas paseen diariamente las calles de esta capital efectuando las obras que la policía emprende", *Memoria del intendente de Santiago Miguel de la Barra*, 1846.

⁶⁷ Vicuña Mackenna, *Un año...* I, pp. 184-5.

⁶⁸ "Instrucciones sobre la administración del Presidio", en *Un año...*, II, p. 436.

⁶⁹ Sobre el reclutamiento entre los hijos o allegados de los trabajadores de fundos, véase Ann Johnson, *Internal Migrations...* Sobre indiecitos del sur, capturados y vendidos como sirvientes, Poepping, *Un testigo...*, pp. 198-9. Sobre entrega de huérfanos, entre otros, *El Ferrocarril*, 8 de enero de 1863. Sobre la concepción paternal de la relación, hay una excelente caracterización en Crescente Errázuriz, *Algo de lo que he visto*, Santiago, Nascimento, 1934, p. 26. Sobre castigos físicos, *El Ferrocarril*, 8 de enero de 1863 y 8 de junio de 1867; también, los numerosos testimonios —que incluyen desde castigos físicos a violaciones— acumulados por Salazar, *Labradores...*, p. 285.

⁷⁰ Señala Vicuña Mackenna: "Pasó el tiempo en que todos los huérfanos de Santiago encontraban segura ocupación como chinitos de alfombra", *Un año...* I, 175. Testimonio similar en Tornero, *Chile ilustrado*, p. 475. Sobre movilidad de los sirvientes, véase este ejemplo: "A este propósito se nos ha referido que en días pasados una criada que hacía un mes que se había contratado, dijo a la señora dueña de casa que se marchaba. La señora, sin comprender tan repentina como extraña resolución...", *El Ferrocarril*, 4 de noviembre de 1861.

⁷¹ Testimonios de esto aparecen frecuentemente en la literatura. Sobre reclamos salariales (inspirados, según el autor, por la Sociedad de la Igualdad), José Antonio Torres, *Los misterios de Santiago*, 1858, pp. 126-130. Otros testimonios: "Los sirvientes de un hombre soltero" son, según Adolfo Valderrama, "uno borracho, otro ladrón y otro mujeriego. Todos le

usan la ropa, le beben licores, le sacan plata" (*Revista de Santiago*, 5, 1876). "¿Ha visto usted nada más indecente que esas chinas que pretenden imitar a las señoras?... Lo que me admira es que sus patronas las toleran. Oh, a mí me da fiebre cuando veo una de esas indias remilgadas". Vicente Grez, *El ideal de una esposa*, Santiago, Nascimento, 1971, p. 25. Sobre hurtos, Vicuña Mackenna cita el extremo de un cochero que pretendió empeñar un coche completo, *Moción que sobre la reglamentación de las Casas de Prendas presenta a la Cámara don...*, 1865, pp. 8 y 12.

⁷² Naturalmente, pueden encontrarse otras tantas referencias en el otro sentido. Una versión equilibrada de ambas tendencias se encuentra en estos expresivos fragmentos de cartas de 1891 de Leticia Valdés Vergara a su esposo Ismael, que se encuentra con los revolucionarios de Iquique: "De los sirvientes no me quedan más que la Andrea y Antonia, de los que me dejaste; todos te saludan. La Eduviges ha debido casarse hoy, la Blanca también se salió, sin que hubiese ningún motivo (...) La Andrea siempre me encarga saludarte. La Eduviges se casó con un hombre de Las Lomitas, dicen que es muy bueno. A mí no me dijo una palabra, y sólo lo supe después que se había ido. No la he visto después de haberse ido". He aquí el abanico de posibilidades, desde la antigua deferencia de Andrea (y la más vaga de Antonia) a la ruptura total de Blanca, pasando por la forma tolerable, pero indudablemente rebelde, de Eduviges, *Una familia bajo la dictadura. Epistolario 1891*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1971, pp. 97 y 105.

⁷³ Así, se dice: el criado "será obligado a permanecer en el servicio el tiempo necesario para que pueda ser reemplazado". En caso de desahucio "sin causa grave", la obligación para cualquiera de las dos partes es igual. Sobre las "causas graves", se dicen respecto al amo cosas tan generales como "mal tratamiento"; del criado, ineptitud, infidelidad e insubordinación, lo que pone claramente la cuestión en los términos del momento, de crisis de las antiguas formas.

⁷⁴ Así, a una doméstica que decide abandonar su trabajo se le exige dejar una reemplazante. La renunciante trae a alguien, que arregla condiciones y se marcha "diciendo que pronto estará allí con su cama", en vista de lo cual la antigua criada "arregló su lio y se fue". El final, previsible, es que la nueva no apareció, *El Ferrocarril*, 4 de noviembre de 1861.

⁷⁵ Vicuña Mackenna, *Un año...*, pp. 203 y ss.

⁷⁶ La frase es de Brunner, "Fragmento de una higiene pública de Santiago", p. 307.

⁷⁷ "Todos sabemos que el aumento del salario más les daña que les aprovecha, que cuando más ganan más derrochan y que en tal caso no sólo hacen 'San Lunes' sino 'San Martes'", Marcial González, "La moral del ahorro", en *Escritos económicos*, p. 116.

⁷⁸ Se refiere a la venta "desenfrenada de la chicha nueva", por lo que "la mayor parte de los caminos... amanecen los lunes y los martes sembrados de hombres ebrios, que yacen a orillas de las acequias". Vicuña Mackenna, "Nota al comandante de la Guardia Municipal", en *Un año...*, II, p. 253.

⁷⁹ El tema ha sido destacado por Salazar, *Labradores...*, p. 146.

⁸⁰ Según afirma Meiggs en el banquete de Llayllay, al inaugurar el

Ferrocarril Santiago-Valparaíso, prefería 500 trabajadores chilenos antes de 1.000 irlandeses, considerados el ideal del trabajador europeo no calificado, *Reseña histórica del ferrocarril entre Santiago y Valparaíso*.

⁸¹ En el elenco de circulantes callejeros que Estrada ubica hacia 1870 aparece un "jornalero sin trabajo que aprovecha las primeras claridades para pedir limosna". Ya se señaló cómo el Hospicio era el refugio en tiempos de desocupación estacional. Sobre los borrosos límites entre desocupación y delito véase el caso de un albañil salido de la Penitenciaría y dispuesto a reencauzarse; deambuló un mes sin poder conseguir trabajo, en momentos en que su mujer daba a luz; el hombre, desesperado, "resuelve emprender de nuevo sus correrías de bandalaje"; la historia, de corte moral, tiene un final adecuado: el hombre reflexiona a tiempo y es ayudado por un jefe policial, *El Ferrocarril*, 8 de junio de 1864.

⁸² "Un infeliz tiene un mate de plata del valor de quince pesos... había pagado por él más de cien pesos de interés en las innumerables veces que se había visto obligado a empeñarlo para socorrer sus necesidades". Vicuña Mackenna, *Moción*, p. 11. Así, las casas de prenda, adecuadas a esta forma singular de ahorro y consumo, funcionaban como "bancos del pobre" más eficazmente que las instituciones oficiales, pese a la acusación de prácticas usurarias.

⁸³ *El Ferrocarril*, 24 de marzo de 1857. Además, es permanente la denuncia de grupos de vagos o de borrachos, las quejas por el "San Lunes", etcétera.

⁸⁴ Desde la perspectiva de la elite, esto forma parte del cuadro de degeneración moral de los pobres; desde el punto de vista de los interesados —así lo propone Salazar— puede ser considerada una forma normal de relación solidaria, con un intercambio de servicios muy amplio.